

Bárbara Padrón Santana

6 contos de amor



6 cortos de amor

Bárbara Padrón Santana.

Edición formato digital: septiembre 2019.

Título original: 6 cortos de amor.

Copyright @ Bárbara Padrón Santana, 2019

Diseño de portada: Bárbara Padrón Santana

Corrección: Bárbara Padrón Santana.

Maquetación: Bárbara Padrón Santana.

Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajos las sanciones establecidas por la ley.

Para todos aquellos que siempre han estado ahí apoyándome, porque estas pequeñas historias les haga soñar con el amor.

Índice

[No me olvides](#)

[Amor y música](#)

[Un nuevo cuento de Navidad](#)

[No todos los dioses griegos viven en el Olimpo](#)

[Una rosa, un álbum y un nuevo amor](#)

[Una serie de desastrosas coincidencias](#)

No me olvides

Había pasado un año desde que había acabado aquella relación que fue tan especial para ella. Un año de lloros y penas en los que llegó a sentirse como una auténtica miseria, pero ya se había cansado de todo aquello y era el momento de volver a ser feliz y encontrar la felicidad.

Por eso, Helena había decidido salir de su amargo encierro en su casa e ir a la fiesta que organizaba una de sus amigas en su casa de veraneo. Sería durante todo el fin de semana así que aprovechó la ocasión para comprarse ropa bonita para lucir allí, entre esta algunos bikinis y trikinis.

También se decidió ir a la peluquería a cambiar un poco de look y hacerse la manicura, la tarjeta tenía fondos de sobra para eso y mucho más. Por algo era una de las abogadas de más prestigio de la zona y que a pesar del año negro que había pasado, no había perdido ni uno solo de sus casos.

Había gastado más de lo que ella esperaba, pero se sintió satisfecha de ello. Era el momento de volver a vivir y olvidarse de Ricardo.

Al llegar a su casa, se encontró con una flor delante de la puerta. Se trataba de un junquillo oloroso envuelto en un precioso papel transparente con un lazo amarillo, igual que la flor y su nombre como única palabra en una tarjetita.

Helena cogió la flor, confusa y entró en su casa para preparar la maleta, no sin antes poner el junquillo en un florero con un poco de agua. No entendía quién podría haberle dejado aquella flor allí. Sin darle mucha más importancia, fue a su habitación y tras coger la maleta, comenzó a colocar la ropa perfectamente ordenada en su interior.

Mañana era el gran día y debía tener todo preparado antes de salir. Como ya era tarde, se tomó algo ligero de cena mientras miraba la flor con curiosidad.

---¿Quién me la habrá mandado? ---se preguntaba constantemente.

Tras terminar, puso el plato y los cubiertos en el lavavajillas y se fue al cuarto de baño a lavarse los dientes para luego acostarse a dormir.

Al día siguiente, se levantó temprano. Se dio una buena ducha y mientras se le secaba el pelo, buscó la ropa que se iba a poner. Quería sentirse sexy por

un día, su amiga le había dicho que irían varios amigos de su pareja, también amigo de siempre de ella. Por fin se decidió por unos vaqueros cortos que dejaban al descubierto gran parte de sus piernas y un blusón blanco vaporoso que dejaba al descubierto un hombro. En los pies se puso unas sandalias blancas mostrando así la manicura de las uñas de sus pies pintadas de rojo. Unos enormes pendientes plateados completaban su atuendo.

Se miró en el espejo satisfecha. La verdad que el trabajo de la peluquera había sido todo un éxito, el cambio de color le iluminaba el rostro que ya no lo tenía tan oscuro como antes. Incluso el nuevo corte le favorecía, ya no parecía una loca con aquellos rizos y aquella melena tan indomable. Le había hecho un corte degradado y le había dado algunos consejos sobre cómo sacar partido a sus rizos.

Una vez lista, cogió la maleta, la metió en su BMW M6 y tras subirse, se dirigió a la costa. Por suerte, no tardó mucho en llegar. Su amiga vino corriendo a saludarla y sonrió al verla tan cambiada.

---No sabes cómo me alegro de que por fin hayas venido, pensé que te arrepentirías en el último momento.

---Pues aquí me tienes, Sandra, estuve pensando y creo que es momento de volver a ser yo. Lo que pasara con Ricardo es agua pasada y yo soy joven aún.

Sandra, una joven de largos cabellos oscuros y ojos verdes, sonrió levemente y entonces entraron al interior de la casa. Helena sintió que aquella sonrisa ocultaba algo, pero no podía adivinar qué era.

Entró en la habitación que le habían adjudicado y se puso uno de los bikinis que se había comprado, este era de color celeste con pareo a juego.

Bajó las escaleras y cuando se fijó en quién subía se detuvo de súbito con los ojos desorbitados. Unos ojos color miel la miraron fijamente.

---Helena... ---dijo el hombre mientras se pasaba una mano por el pelo corto de color castaño---. Vaya, no pensé que fueras a venir.

---Ri... Ricardo... ---tartamudeó ella mientras notaba su corazón bombear con fuerza.

---El mismo, en un año creo que no he cambiado tanto, tú parece que te has convertido en otra mujer.

---¿Qué haces aquí?

---Tanto Sandra como Pedro son también amigos míos. Me invitaron a la fiesta.

---No lo puedo creer... ---Sin decir nada más, bajó las escaleras a gran

velocidad, pero Ricardo la agarró del brazo.

---Tenemos que hablar ---dijo mirándola fijamente a los ojos.

---Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, lo que hubo entre nosotros pasó hace un año, ¿tengo que recordarte quién hizo daño a quien?

---Yo no te fui infiel, no quisiste creerme.

---¿De verdad? Las imágenes que me enviaron no dicen lo mismo. Ahora, por favor, te pido que me sueltes y que mientras dure la fiesta, ni te acerques a mí, haz que no existo porque yo pienso hacerlo contigo.

Se soltó del agarre y salió hacia el exterior donde estaba Sandra hablando con algunos amigos. Al verla llegar pudo verse la culpabilidad en su rostro. Helena la agarró del brazo y la alejó del grupo de amistades.

---¿Lo invitaste? ¿Cómo puedes hacerme esto? Pensaba que eras mi amiga.

---Y lo soy, Helena, Pedro quiso invitarlo, es nuestro amigo también.

---Entonces yo sobro aquí ---dijo Helena girándose.

---¡No! No te vayas.

---Vine a intentar olvidarme del pasado por unos días y resulta que me lo encuentro aquí... No me pidas que me quede ---dijo Helena sintiendo las lágrimas escapar de sus ojos, pero rápidamente se las limpió---. No puedo verlo, sabes que lo que hizo aún me duele.

---Las dos vimos las imágenes y sabes lo que opino de todo esto. Samanta te tenía envidia. ¿Y si fue una treta de ella?

---Él ha tenido un año para demostrar lo contrario y no lo ha hecho.

---Quizás este sea el momento de demostrártelo.

---No, Sandra, yo no quiero nada con él, se acabó, he pasado un año como una estúpida llorando por los rincones, no puedo vivir con la sospecha todo el tiempo.

---Al menos quédate, haz como si no estuviese, por favor. ---Helena se cubrió el rostro con las manos y Sandra la abrazó---. Oh, amiga, no llores. Vamos.

---Me duele mucho, Sandra, es lacerante, te consume por dentro.

---Si te ve llorando, se sentirá satisfecho, no dejes que se sienta victorioso. Vamos, límpiame esos ojos que estás muy guapa con ese cambio de look ¿vale? ---dijo Sandra limpiándole las lágrimas a su amiga.

Helena asintió y trató de sonreír.

---Tienes razón, no le voy a dar el gusto de verme sufrir.

---Esa es mi Helena. Venga, quiero presentarte a unos amigos y luego

bajamos a la playa.

Helena y Sandra volvieron con el grupo de amigos y está última la fue presentando notando las miradas de interés que mostraban ellos ante su amiga.

Mientras tanto, Ricardo observaba a Helena desde la ventana de la habitación que Pedro le había indicado que era la suya. Había cambiado tanto en un año... Ya no parecía la dulce e inocente Helena de la que se enamoró hacía tanto tiempo. Ahora la veía... sexy, femenina, más mujer.

---A ti también te ha impresionado el cambio que ha dado Helena ¿no? --- preguntó alguien a su espalda.

---No parece ella. ---Ricardo se giró y se encontró con Pedro, su mejor amigo, alto y musculoso como él, con el pelo corto rubio y de ojos azules---. ¿Qué pasó con la Helena de hace un año?

---¿Todavía lo preguntas? Esa Helena que recuerdas murió el día que decidiste marcharte sin luchar por lo vuestro. La destrozaste tanto que Sandra tuvo que quedarse cerca de dos meses con ella en vuestra casa. Temimos por su vida porque dejó de comer, no salía, solo para trabajar. Esta es la primera vez que sale de su encierro particular para disfrutar.

---¿Qué iba a hacer? No me dejó explicarme. Samanta me drogó porque no me acuerdo de nada de esa maldita noche, lo único que recuerdo es haberme despertado con ella en la cama, ¿cómo iba a defender algo que ni yo mismo sabía? Yo no quería que ella sufriese.

---Y pensaste que marcharte era la mejor solución ¿no? Eres estúpido, Ricardo.

---Voy a reconquistarla.

---Te recomiendo que no, Sandra está dispuesta a buscarle un novio, realmente necesita que le suban la autoestima, no que se la hundan más. No lo intentes, Ricardo, lo mejor es que no te acerques a ella en lo que dura la fiesta.

---¿Te pones en mi contra? Pensé que eras mi amigo.

---Y lo soy, pero no voy a permitir que le hagas daño porque ella también es mi amiga. ---Dicho esto, Pedro salió de la habitación.

Ricardo volvió a mirar al exterior y vio cómo todos los asistentes a la fiesta se alejaban hacia la playa, entre ellos estaba Helena y no pudo evitar golpear la pared con un puño.

Él también había pasado un año de perros en las que la mayoría de las veces pasaba el día borracho tirado en el sofá del piso que había alquilado tras marcharse del lado de Helena. Mientras más se emborrachaba, peor se

sentía y más quería volver junto a ella. Al fin había encontrado su oportunidad y no iba a cejar en su intento por reconquistarla, aunque sus amigos se posicionen en su contra.

Decidido, salió de la habitación para alcanzarlos a todos a la playa.

Tras pasar gran parte del día allí en donde conoció a varios chicos, se fue a la casa, ya que quería arreglarse para salir esa noche a una discoteca que había cerca con sus amigos. Al llegar a su habitación se topó con una flor sobre su cama. Era un tulipán jaspeado con el mismo papel transparente del día anterior, una cinta rosa y otra tarjeta solo con su nombre.

Extrañada miró a su alrededor. ¿Quién le había dejado aquella flor? ¿Por qué era igual en el tipo de envoltorio, pero diferente flor? Bajó a por un florero y un poco de agua. Tras volver a su habitación, la colocó en un sitio bonito y buscó algo para ponerse esa noche en su maleta.

Había sentido durante todo el día la mirada de Ricardo sobre ella, pero por suerte no se había atrevido a acercarse en ningún momento, cosa que realmente ella agradecía, ya que aún tenía los sentimientos a flor de piel y a la mínima saltaba.

Tampoco tuvo mucho tiempo para pensar en él porque varios chicos se pusieron a hablar con ella animadamente y eso le hizo sentirse aún deseada. Agradeció para sus adentros el haberse gastado tanto dinero en su imagen personal.

Para esa noche había escogido un vestido negro amarrado al cuello, bastante corto, de espalda descubierta y con un escote de vértigo. Los zapatos eran rojos pasión de aguja con plataforma delante haciéndola parecer más alta de lo que era. El bolso, de mano, iba a juego con los zapatos. Como complementos, se puso unos pendientes plateados y un brazalete de piedrecitas que brillaban como el swarovski.

El maquillaje era realmente sencillo, se perfiló los ojos de negro y los labios se los pintó de carmín, siempre le había gustado como le quedaba ese color. Una vez lista bajó para esperar a todos y para su mala suerte se encontró con Ricardo que, al verla, la miró de arriba abajo.

---Vaya, cuando estabas conmigo nunca te vestías así.

Helena enarcó una ceja. No pudo evitar fijarse en su vestimenta tan casual. Pantalones vaqueros oscuros y una camisa celeste con el cuello abierto.

---Qué poco te fijabas entonces. Ah claro, lo olvidaba, que casi nunca me

sacabas de casa, preferías salir con Samanta, ella era mejor compañía que yo.
---Sonrió irónicamente---. Ya ves lo que perdiste.

---Helena, no digas eso. Claro que salíamos.

---Pero no me llevabas a los mismos sitios que ella. Ni siquiera has sido capaz de invitarme un día a un hotel de lujo. Yo también tengo fantasías, más de las puedes imaginar, aunque supongo que Samanta sería mejor ¿no?

---¡Basta!

---¿Basta? ¿Acaso te molesta que te diga la verdad? Me tratabas como a una mojigata y yo soy una mujer.

---Eso no es cierto y lo sabes.

---Claro que lo sé, sé que eres un bastardo mentiroso que mientras yo lo esperaba con nuestra cena de aniversario, él se estaba divirtiendo con una a la que consideraba mi amiga.

---¿Ves? Nunca me creíste. No recuerdo qué pasó esa noche, pero claro no eres capaz de ver más allá de tu propio dolor.

Helena le dio tal bofetón que hasta él se sorprendió.

---¡Tú no sabes lo que yo sufrí, no te atrevas a poner en duda todo lo que pasé porque no lo sabes! ¡No sabes nada!

---¡Claro que lo sé! ¿Es que estabas loca? ¿Cómo pudiste dejar de comer?

--- preguntó mientras la zarandeaba.

---Pensé que te agradecería que yo estuviese sufriendo por ti ---dijo Helena en tono mordaz---. ¿Cuántas veces no te habrás reído de mí con Samanta?

---No digas tonterías, desde que me echaste de tu vida no he vuelto a estar con otra mujer.

---¡Ja! Cómo si me fuese a creer semejante mentira. Suéltame ahora mismo.

---No quiero.

---Si no me sueltas, gritaré.

Ricardo la soltó y le dio la espalda por lo que no vio cómo Helena se abrazaba a sí misma sintiendo frío de repente.

---Me voy a la discoteca, si preguntan les dices que me fui antes para buscar un buen sitio donde ponernos.

Sin esperar respuesta, Ricardo salió de la casa. Necesitaba que el aire frío le refrescase, estar con Helena era lo que siempre había deseado y ella se empeñaba en destrozar aquellos momentos con recuerdos del pasado que él prefería olvidar.

Mientras tanto, Helena se había quedado parada sin saber qué hacer. ¿Cómo se había enterado de su mal estado? ¿Acaso se lo había dicho Sandra o Pedro? Ella no quería que él lo supiese.

Intentó sonreír cuando todos bajaron, pero le estaba costando mucho y de eso se había dado cuenta tanto Sandra como Pedro.

---¿Crees que hiciste bien al contarle todo a Ricardo? ---preguntó Sandra.

---Lo hice para que se diese cuenta del daño que le hizo a Helena.

---Pero ya oíste lo que pasó.

---Lo oí tan bien como tú.

---No deberíamos inmiscuirnos.

---Yo le dije a Ricardo que la dejase en paz y él no ha hecho caso.

---Me temo que esta no será ni la primera ni la última pelea que tengamos este fin de semana entre estos dos.

---Ya es hora de que solucionen las cosas, si quieres que te sea sincero, no me gustaría que se acercase a ella para hacerle daño de nuevo, pero deben arreglar sus diferencias.

---¿Crees que lo conseguirán?

---La verdad es que no lo sé.

---Hacían tan buena pareja...

---Lo sé.

Sandra se abrazó a Pedro mientras todos se dirigían a la discoteca.

Los invitados se lo pasaron bastante bien excepto Ricardo que veía a Helena bailar con todo hombre que se le pusiese por delante y eso lo molestaba demasiado, por eso decidió salir fuera para respirar un poco de aire fresco.

Aún le daba vueltas a las palabras de Helena en la casa de sus amigos.

---¿Te aburres? ---preguntaron a su espalda.

---Preferiría estar solo ---dijo él sin girarse.

---Pensando en Helena ¿no?

---¿Por qué no me avisasteis de lo que le estaba pasando?

---Quizás hubieses empeorado las cosas.

---No, Sandra, ahora sí que se ha empeorado, yo no tenía que haber venido aquí y más sabiendo que ella iba a venir, jugaba con ventaja. No entiendo cómo es que me habéis llamado después de un año incomunicado.

---Si de verdad tú no recuerdas lo que pasó, quizás fue Samanta quien tuvo la culpa de todo y no tú. Tiene que haber una forma de averiguarlo.

---Yo no recuerdo absolutamente nada de esa noche. Por más que intento recordar, no puedo.

---Samanta es la única que tiene la respuesta a todo esto.

---Ella desapareció. No sé dónde buscarla para que me cuente la verdad, yo sabía que ella sentía algo por mí, varias veces me lo dijo, pero yo le decía que amaba a Helena.

---Si de verdad fue todo una treta, fue para haceros daño y que pasara esto. No lo soporto, os veáis tan bien juntos...

---Quiero que ella me perdone, aunque ya veo que su odio ha aumentado con el paso del tiempo.

---Es dolor lo que ella siente, entiéndela.

---Y la entiendo.

---Entonces no le insistas, ve poco a poco.

---Eso es lo que estoy haciendo, Sandra.

---¿Qué quieres decir? ---preguntó ella extrañada.

---Ya lo entenderás. Ahora será mejor que me vaya para la casa, no soporto verla rodeada de hombres.

Sandra asintió y lo vio marchar aún sin entender las palabras que le había dicho.

La noche pasó rápido y todos llegaron a las tantas. Helena se tendió en su cama y al instante se quedó profundamente dormida. Ricardo, entró al rato y al verla dormida sonrió levemente.

---A pesar de todo no has cambiado nada, Helena. ---Le acarició levemente la mejilla y dejó una flor sobre la mesilla de noche---. Espero que entiendas el significado de todas las flores que te he ido dejando, es la única forma de comunicarme contigo sin pelear. Quizás no me perdones nunca, pero al menos lo habré intentado. Por favor, entiende lo que las flores te dicen por mí.

Se apartó y salió de la habitación sin hacer ruido.

Pasada la media mañana, Helena abrió los ojos a pesar del dolor de cabeza que sentía. Se incorporó y vio en su mesilla de noche otra flor. Esta vez era un jacinto amarillo. Lo tomó entre sus manos, mirándolo. Con esta en las manos, bajó a la cocina donde estaba su amiga preparando café.

---Supongo que querrás una taza ¿no? ---preguntó Sandra al verla, pero la flor le atrajo la atención---. ¿Qué es eso?

---Un jacinto. Es raro, llevo tres días recibiendo flores misteriosas como

esta, pero todas diferentes. Ayer mismo me encontré con un tulipán jaspeado y antes de ayer, un junquillo.

Sandra frunció el ceño.

---Flores diferentes cada vez... un momento... si cada vez es una flor distinta puede que tengan algún tipo de significado.

---¿Qué quieres decir?

---Espera... ---Sandra salió de la cocina y volvió al momento con el portátil donde ya tenía abierto un buscador---. Quiero asegurarme antes de darte una respuesta a tus dudas.

Helena se acercó hasta su amiga y vio que ponía en el buscador: "*el lenguaje de las flores*".

---¿El lenguaje de las flores?

---Sí, en algún sitio oí que cada flor tiene un significado y se dice que es el lenguaje que usan para expresar sentimientos... ¡aquí! ---exclamó al ver una lista con todos los tipos de flores---. Dices que primero fue un junquillo ¿no? --Helena asintió---. Veamos... sí, aquí dice que el junquillo es para expresar el deseo de que vuelva el afecto, algo así como pedir perdón.

---¿Pedir perdón?

---Sí. Vale, el de ayer fue un tulipán jaspeado... aquí, esta dice que tienes unos ojos preciosos. Y la de hoy es un jacinto amarillo... vamos a ver... lo encontré. ---De repente empezó a reírse.

---¿Qué dice? ---preguntó Helena preocupada.

---El jacinto amarillo quiere decir que está celoso.

---¿Celoso?

---Sí ---dijo Sandra parando de reír y entonces se acordó de las palabras de Ricardo. ¡Claro! Era él el que estaba enviando las flores a su amiga.

---¿Quién me manda estas cosas? Nadie nunca me ha mandado flores, ni siquiera Ricardo.

---Quizás te sorprendas de la respuesta, quién sabe. Por lo pronto coge un jarrón y échale agua.

Helena así lo hizo y luego se tomó un café con su amiga sin dejar de pensar en la persona misteriosa que le mandaba esas flores. No lograba encajar el significado de todas ellas.

---Buenos días ---dijo Ricardo entrando en la cocina.

Helena se tensó, pero no lo miró, en cambio, Sandra sonrió al verlo y señaló con la vista el florero con el jacinto. Ricardo se sonrojó levemente y se

dirigió a la nevera.

---Voy a vestirme, quiero ir a la playa de nuevo ---dijo Helena saliendo de la cocina con el florero en la mano.

---Así que ese es tu plan ¿no?

---¿Qué otra cosa puedo hacer?

---¿Dónde aprendiste el lenguaje de las flores?

---En Internet, estaba desesperado por encontrar algo con lo que volver a conquistar a Helena y fue lo único que se me ocurrió. Algo tan típico como las flores, aunque con significados muy importantes.

---Así que anoche estabas celoso y por eso le dejaste el jacinto amarillo.

---No me gustó verla rodeada de hombres.

---Sabes que no puedes estar eternamente dejándole flores desde las sombras. Tarde o temprano se lo tendrás que decir.

---Lo sé, pero tengo miedo de su reacción.

---Arriésgate, lo hiciste con las flores y tampoco está saliendo tan mal, has logrado que piense en la persona que le deja las flores, aunque no sepa que eres tú.

---Sí, es momento de dar la cara ---dijo suspirando.

Sandra sonrió y le apretó la mano.

---Todo saldrá bien, os amáis aunque ella lo niegue. Vamos, Ricardo, esta es tu última oportunidad.

Ricardo asintió y se incorporó. Aún guardaba dos flores más que serían las definitivas. Se fue a su habitación y cogió el pensamiento rosa sin vacilar, pero antes escribió una tarjeta en letras mayúsculas que decía: "*¿QUIERES SABER QUIÉN SOY? TE ESPERO EN LA PLAYA JUNTO A LA ROCA QUE HAY AL OESTE*".

Dejó la flor delante de la puerta de Helena y tocó un par de veces antes de esconderse.

Helena abrió y se encontró con otra flor que cogió. Leyó la tarjeta sin comprender nada. Entró con ella y Ricardo entonces salió corriendo hacia la playa para esperarla allí. Ella era curiosa por naturaleza así que estaba seguro que iría.

No se equivocó y la vio aparecer poco después mirando a todos lados. Cuando lo vio, su ceño se frunció y se acercó a él.

---¡Tú! ¿Te estás burlando de mí? ¿Por qué me mandas flores?

---Ellas te han dicho perfectamente lo que yo he pretendido decirte y que

no me has dejado nunca.

---¡Mentira! ¡Lo haces para burlarte de mí! ¿Vas a seguir haciéndome daño, Ricardo? ¿No te basta con el año que me has hecho pasar?

Él la miró y vio que llevaba un vestido de día, holgado de color verde.

---Estás preciosa.

---¡Déjate de estupideces! ¿Por qué lo haces? ¿Qué significa esta flor? --- preguntó mostrándole el pensamiento.

---Significa que te soy fiel.

Helena soltó un bufido.

---¿Fiel? ¿Quieres que me ría? ¿Entonces qué pasó entre Samanta y tú?

---¡No lo sé! ¡Me drogó! Yo jamás hubiese hecho algo con ella porque solo te amo a ti, Helena, entiéndelo de una maldita vez. ¡Te amo!

Ricardo se giró hacia el mar mientras ella lo miraba sorprendida ante aquellas palabras.

---¿Me... me amas?

---Claro que te amo, quería más que nadie celebrar nuestro aniversario, tenía el regalo perfecto para dártelo, tenía esto ---dijo mostrándole una rosa roja intensa y una caja de terciopelo del mismo color---. Hasta hace poco no sabía que la rosa significaba amor para toda la vida que era lo que de verdad quería. Pasar el resto de mi vida contigo era lo que más deseaba, ¿cómo iba yo a acostarme con alguien cuando tú me lo dabas todo para ser feliz?

Helena retrocedió un paso cubriéndose la boca con una mano, sorprendida.

---No puede ser... yo vi las imágenes.

---¿Y? Ya te dije que no recuerdo nada de esa noche. Busqué algo para que me perdonaras y las flores me dieron la solución. Ellas expresan lo que realmente siento hacia ti y si me perdonas te demostraré todos los días todo lo que te amo con flores de diferentes significados.

Las lágrimas escapaban de los ojos de la joven al oír aquellas palabras tan sinceras. El dolor por lo pasado, volvió con fuerza y ella cayó de rodillas mientras las lágrimas recorrían sus mejillas sin descanso.

Ricardo se arrodilló frente a ella y le obligó a mirarlo.

---Por favor, Helena, perdóname por haber sido un completo estúpido y por no saber reaccionar a tiempo. Pensar que casi te pierdo por mi culpa me carcome por dentro. Necesito oír de tus labios que me perdonas, por favor, por favor, por favor ---repetía sin cesar mientras apoyaba su frente en la de ella.

Ella no podía hablar, las lágrimas le ahogaban. Lo único que fue capaz de hacer fue abrazarse a él mientras sollozaba ruidosamente descargando todo el dolor de aquel terrible año. Ricardo la abrazaba con fuerza mientras ella se desahogaba.

Cuando los sollozos fueron bajando de intensidad, ella consiguió hablar.

---No quería vivir si no era contigo, Ricardo, me hiciste daño.

---Lo sé, por eso te estoy pidiendo perdón de la mejor forma que sé. Samanta nos destrozó a ambos y voy a intentar que eso no vuelva a suceder, perdóname, Helena, necesito tu perdón.

Ella levantó la mirada hacia él y, cerrando los ojos, lo besó con dulzura. Ricardo respondió al instante.

Tras separarse, ella sonrió levemente aún con las lágrimas bañando sus mejillas.

---Quiero que me ames toda la vida, como dice esa rosa.

Ricardo sonrió y le entregó la rosa junto con la cajita que ella abrió, encontrándose dentro un precioso anillo con una piedra blanca en el centro.

---¿Querrás casarte conmigo a pesar de todo lo que hemos pasado?

Helena lo abrazó con fuerza y volvió a besarlo. Aquel gesto le confirmó la respuesta que él deseaba.

Al final, aprender el lenguaje de las flores le había servido para recuperar a la mujer que más amaba y con la que esperaba ser feliz por el resto de sus días.

Amor y música

Si había una canción en el mundo que la relajaba era el *Canon* de Pachelbel en Re mayor y siempre la escuchaba cuando se encontraba nerviosa por algo. Ese día era importante para ella porque iba a dar su primer concierto de violín en uno de los teatros más importantes de la ciudad.

Desde siempre había amado tocar el violín por su melodioso sonido y a la edad de diez años, sus padres le compraron su primer instrumento y la apuntaron en el conservatorio de música. Desde ese momento no ha dejado de tocar, pero hoy se enfrentaba a su mayor reto porque allí estarían los directores de grandes orquestas para buscar nuevos talentos.

---Sara ---se oyó una voz justo detrás de ella y la joven miró al espejo para ver a su hermano pequeño de apenas siete años de edad---. ¿Estás lista? Llevamos rato esperando.

---Ya casi estoy ---dijo ella y se giró hacia él---. ¿Qué te parece mi vestido?

Sara llevaba un precioso vestido blanco largo, de mangas hasta el codo y un redondeado escote. Como zapatos, se había puesto unos discretos tacones del mismo color que el vestido y en el pelo lucía una diadema que despejaba su rostro de la espesa melena negra como el ala de cuervo por lo que dejaba ver sus ojos verdes como el musgo.

---Estás muy guapa, hermanita ---dijo el niño sonriendo.

Un niño muy parecido a ella salvo por el color de ojos que eran marrones. Vestía unos pantalones cortos azul marino y una camisa blanca con una graciosa corbata. El pelo corto lo llevaba peinado de punta.

---Entonces estoy lista ---dijo cogiendo la funda de su violín y dándole un beso cariñoso a su hermanito.

Ambos salieron de la habitación de la joven y bajaron hasta la entrada donde los esperaban sus padres. Estos sonrieron aprobadoramente. Luego todos se dirigieron al coche para ir al auditorio donde tendría lugar el concierto.

Una sonrisa asomó a los labios de Sara porque en su canción tendría el acompañamiento de un piano y su compañero era nada más y nada menos que

el chico por el que llevaba años enamorada, Hugo.

Aún recordaba como si hubiese sido ayer cómo conoció al chico con el que compartiría escenario.

Ella había llegado al conservatorio con su violín dispuesta a dar todo de sí para aprender a tocar aquel instrumento que tanto había llamado su atención. Al entrar allí, oyó la melodía de un piano.

Mientras su padre preparaba todo el papeleo, ella, guiada por el sonido de la música, se acercó hasta una de las aulas cuya puerta estaba entreabierta y se asomó. En ella había un niño con el pelo castaño claro que tocaba un gran piano con los ojos cerrados, concentrado.

Sara entró y cuando vio que había terminado dijo: ---Tocas muy bien.

El niño dio un respingo y la miró con aquellos enormes ojos color miel, luego sus mejillas se sonrojaron.

---Gra... gracias ---dijo él.

---¿Cómo te llamas? Yo soy Sara.

---Yo me llamo Hugo.

---Es mi primer día y voy a tocar el violín.

Hugo sonrió levemente.

---Te pega.

---¿De verdad?

---Sí, el violín es un instrumento delicado y fino. Tú pareces delicada.

---¡Sara! ---la llamó su padre desde el exterior.

La niña hizo un mohín porque quería seguir hablando con Hugo, pero debía contestar a su padre. Se encogió de hombros como pidiendo disculpas y salió de allí.

Sara recordó con nostalgia aquella dulce carita que poco a poco fue haciéndose más varonil a medida que pasaban los años y se convirtió un virtuoso del piano. Cada vez que tenían un concierto en el conservatorio, ella siempre intentaba que le tocara con él porque, aparte de sentirse cómoda, vio cómo en su corazón comenzaba a gestarse un nuevo sentimiento que al principio no supo identificar, pero que luego percibió como el amor más puro.

Intentó decírselo en varias ocasiones, pero siempre había algo que la frenaba. La última vez, fue una novia que se había echado y que siempre iba a los ensayos, lo que ocasionaba que los celos de Sara crecieran cada día más.

Quiso pedir otro compañero para que tocara con ella, hasta que acababa arrepintiéndose porque si lo hacía nunca podría estar a su lado que era lo que

le ayudaba a sobrellevar el dolor del amor imposible.

Si los directores de orquestas se decidían por alguno de los dos, ese sería su último concierto juntos y pensó que esa sería su última jugada para confesarle su amor, aunque la rechazara, pero al menos se lo habría dicho.

Las manos comenzaron a sudarle porque a pesar de ser una chica atrevida, cuando se trataba de Hugo se volvía la más tímida del mundo.

---Tengo que decírselo. Debo ser valiente ---murmuraba para sí misma.

Con este mantra tantas veces repetido por el camino llegaron al auditorio. La joven se bajó con los nervios a flor de piel y miró a su alrededor donde ya la gente se preparaba para entrar a disfrutar del concierto que darían en el escenario tanto ella como sus compañeros.

Se giró hacia sus padres y su hermano pequeño y, con un simple saludo de mano, se dirigió a la parte trasera del edificio que era por donde tenían que entrar. Justo cuando iba a cruzar la puerta, se chocó con alguien.

---Oh, lo siento ---Sara levantó la mirada y vio al chico ante sí---. ¡Hugo!

El joven sonrió al verla.

Sara lo miró de arriba abajo y pensó que estaba guapísimo con aquel traje de chaqueta y pantalón negro y camisa blanca, con algunos botones abiertos. Su pelo castaño estaba peinado hacia atrás, pero un mechón rebelde caía sobre su frente lo que le daba un aire travieso a su mirada.

---Vaya saludo, Sara.

---Pensé que llegarías más tarde. No eres de los que llegan puntuales.

---Lo sé, pero ha habido un pequeño problema con la canción.

---¿Qué? ---jadeó Sara---. ¿Qué pasa con la canción?

---No me gusta ---dijo metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón negro.

Sara frunció el ceño ante aquella revelación y miró al cielo.

---No podemos cambiar la canción solo porque no te guste, Hugo. Llevamos muchos meses ensayando esta canción. Además, solo tenemos la partitura de esta.

Hugo sacó las manos de los bolsillos y la posó en los brazos de Sara que sintió un leve cosquilleo allí donde la tocó. Se miraron a los ojos fijamente.

---¿Confías en mí? ---preguntó él casi en un susurro.

---¿Qué...?

---Sara, dime que confías en mí.

---Pero...

---Dímelo.

---Sí, confío en ti, pero...

Él sonrió y se dirigió al interior dejándola a ella allí plantada observando cómo se alejaba.

Hugo se apoyó contra una columna con los ojos cerrados. Su corazón aún bombeaba con fuerzas tras haberla visto aparecer con aquel precioso vestido blanco que le quedaba tan bien y resaltaba su belleza.

Seguía siendo tan hermosa como cuando la conoció por primera vez cuando eran niños. Le había dado un buen susto tras haber acabado de tocar la canción. Cuando la había visto allí en la puerta sintió algo muy fuerte porque pensó que era un ángel.

Con el paso del tiempo, aquella niña traviesa y avispada, se fue haciendo un hueco en su corazón, en el niño tímido que había sido hasta que en la adolescencia se dio cuenta de que todas las chicas iban tras él, pero la que realmente quería ni siquiera se percataba de lo que él sentía por lo que decidió ocultarlo.

Empezó a salir con otras chicas, compañeras de su instituto y siempre compartía con Sara todas sus andanzas, incluso la última chica con la que había estado, la había llevado a los ensayos para ver si Sara reaccionaba ante aquello, pero ella seguía mostrando su tierna sonrisa.

Había comenzado a desistir en su intento, pero entonces pensó en una nueva forma de decirle lo mucho que la amaba.

Una sonrisa asomó a su rostro al pensar en la pequeña sorpresa que le tenía preparada. Conocía todos sus gustos y sabía que la canción que más la relajaba era el *Canon* de Pachelbel, pero nadie conocía ese secreto salvo él que había descubierto en uno de los tantos conciertos que habían dado en el conservatorio cómo la tarareaba con el reproductor una y otra vez.

Había conseguido la partitura y la había adaptado para tocarla con piano de acompañamiento al violín. Buscaría la forma de que mediante aquella canción, ella se diera cuenta de todo lo que sentía por ella.

Inspiró hondo y se apartó de la columna para ir al lugar donde estaban todos sus compañeros concentrados en sus partituras.

Al fondo estaba Sara dando vueltas de un lado para el otro mientras tarareaba el *Canon* sin cesar. Hugo sonrió y se sentó en una de las sillas sin dejar de observarla.

¿Que confiara en él? ¿Cómo podía confiar en él cuando le acababa de trastocar todos sus planes para que los directores de orquestas la ficharan? ¿Había cambiado la canción que ambos habían elegido para ese día! ¿Por qué lo había hecho?

Necesitaba relajarse y tarareando la canción del *Canon* lo intentó.

Lo vio entrar y cuando él se sentó, se acercó.

---Volvamos a la canción original, no debemos cambiarla ahora. Está en el folletín.

---¿Acaso no te gustan los riesgos, Sara?

---No es momento para bromas, Hugo. De verdad, esto no saldrá, los directores no me cogerán, oh por Dios.

Hugo se levantó y la miró.

---Pensé que disfrutabas de la música. Que no te importaba lo que iba a ocurrir hoy.

---Mi sueño es ser una gran violinista dentro de una gran orquesta.

---Entonces eres como los demás ---dijo haciendo un amplio círculo a su alrededor.

---Perdona por querer cumplir con mis sueños, que tú no quieras avanzar no significa que los demás no queramos.

Hugo la miró dolido.

---Ya veo. Entonces quizás deberías tocar con otro que no sea yo.

Sara se sintió mal ante aquella mirada y bajó la suya, arrepentida.

---No pretendía decir lo que dije.

---Pero lo has dicho. Tranquila, seguro que hay algún compañero que te ayude a cumplir tus más deseados anhelos.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó de allí.

Sara quiso detenerlo, pero no podía correr con los tacones. Se sentó en la silla cubriéndose el rostro. Los nervios habían hablado por ella y había hecho daño a Hugo. Sintió deseos de llorar, pero intentó mantener la calma.

Al rato apareció uno de los chicos que se encargaban de la organización para avisar a todos que en cinco minutos empezaría lo que provocó que los nervios de Sara aumentaran considerablemente. Miró a su alrededor en busca de Hugo, pero no lo vio por ningún lado y eso le preocupó.

Quizás estaba fuera intentando concentrarse. Por suerte eran de los últimos, así que había tiempo.

Hugo había salido de aquel recinto y estaba sentado en un banco de un parque que había frente al auditorio.

Las palabras de Sara le habían dolido más de lo que había imaginado. Ella ya no tocaba para disfrutar de la música, le movía la ambición de pertenecer a una gran orquesta dejando de lado la pasión que se le pone a algo que adoras.

---Si eso es lo que quieres, entonces no cuentes conmigo, Sara. Para ver cómo pones empeño en ser la mejor y entrar en una gran orquesta, prefiero quedarme fuera.

De su bolsillo sacó una pulsera que tenía dos colgantes y que había pensado dársela al acabar el concierto, pero saber que si ella conseguía su objetivo no volvería a verla le dolía el corazón.

Tantas dudas le inundaban que no sabía qué hacer con respecto a todo. Muerto de curiosidad, se acercó al auditorio, pero en vez de entrar por la parte trasera, se metió por el lado de los invitados para ver las actuaciones de sus compañeros desde las sombras.

Sara buscaba desesperadamente a Hugo, pero no lo veía por ningún lado y eso le atormentaba. ¿Tanto se había enfadado como para abandonarla a su suerte? Sus ojos se llenaron de lágrimas que se negó a derramar pensando que volvería de un momento a otro.

Pero el tiempo pasaba y él no aparecía. Uno de los organizadores se acercó a ella para decirle: ---Después de esta actuación te toca.

---¿No puede pasar al siguiente? Es que no encuentro a mi compañero.

El tipo negó con la cabeza.

---Búscalo en el tiempo que te queda porque no se puede cambiar el programa.

Sin esperar respuesta, el chico se alejó mientras ella se ponía más y más nerviosa. Buscó por varios sitios sin resultado por lo que volvió a por su violín. Se preparó en un lado del escenario a la espera y rezando para que Hugo apareciese.

La canción acabó y, tras saludar al público, sus compañeros salieron del escenario para dar paso a la mujer que hacía de maestra de ceremonias para presentarlos a ellos.

Tras los aplausos del público, Sara tomó aire y salió al escenario, sola. El silencio en aquella sala era sepulcral. Se colocó en el centro y miró a todos

lados esperando la aparición de Hugo, pero no había ni rastro de él.

Al ver que ella no se movía, la gente empezó a murmurar consiguiendo poner más nerviosa a la pobre chica que sostenía el violín entre sus manos temblorosas.

Hugo la estaba viendo desde la última fila y se sintió culpable al verla sola en aquel enorme escenario sin saber qué hacer.

Cerró los ojos al darse cuenta de que, a pesar de todo, no podía dejarla sola en este momento por lo que se incorporó y corrió al escenario bajo la atenta mirada de todos los espectadores.

Sara lo miró con sorpresa mientras él subía desde las escaleras delanteras. Él sonrió con culpabilidad y se acercó para decirle al oído.

---Confía en mí, por favor y disfruta de este momento.

La joven no pudo contestar, simplemente vio cómo se sentaba frente al piano y tras estirar un poco los dedos, los posó sobre las teclas.

Ella colocó el violín contra su cuello y cerró los ojos para escuchar la melodía. Cuando él comenzó a tocar y al reconocer la melodía giró la cabeza hacia él que sonreía dulcemente para luego hacerle una seña dándole pie a que lo siguiera.

Sara asintió levemente y volvió a cerrar los ojos para concentrarse en la melodía. El *Canon* era una melodía para tres violines y un bajo continuo, pero Hugo había conseguido hacer una adaptación para que fuera tocado por un solo violín acompañado de un piano. Ella conocía la partitura más que de sobra y los giros que Hugo le daba a la melodía eran maravillosos y evocadores, incluso relajantes.

Se dejó envolver por el sonido de la música y, a pesar de haber ido con un objetivo, estaba disfrutando de tocar música junto a él, como le había dicho. Se sentía tan mal por no haberle hecho caso que intentó disculparse a través de la melodía.

Ella giró levemente la cara para mirarlo y, con una leve sonrisa, él entendió lo que quería decirle. Era tal la conexión que existía entre ellos que con solo una mirada se decían miles de cosas.

Estaban tan ensimismados y en su mundo que no se percataron de las miradas de asombro de muchos de los asistentes al evento que no encontraban explicación para una melodía tan bella y llena de sentimiento.

Los más sorprendidos eran los diferentes directores de orquesta que no

dudaron en mirarse entre ellos para transmitir su convicción de la maravilla que estaban oyendo en ese momento.

Más de una pelea se iba a gestar tras acabar el concierto.

Hugo no podía dejar de sonreír al ver que Sara disfrutaba con la música que él mismo había elegido para ella, solo deseaba que le transmitiese el sentimiento que llevaba ocultando tanto tiempo y que necesitaba sacar con todas sus fuerzas.

Los últimos acordes comenzaban a brotar de sus manos y ella no parecía reaccionar ante lo que le había mostrado: su alma en plenitud. Sara sólo podía observar al palco en pie aplaudiendo sin parar.

Negando con la cabeza, sacó la pulsera del bolsillo y lo colocó sobre el piano para luego marcharse de allí sin siquiera saludar al público como era lo esperado.

Sara se giró con una gran sonrisa para hacer que Hugo se acercara a ella y saludar los dos juntos, pero no lo vio, por lo que su sonrisa desapareció. En su lugar sólo había una pulsera con dos preciosos colgantes de un violín y un piano.

---¿Hugo?

Se acercó hasta el piano para coger la pulsera. Le dio una vuelta intentando comprender qué significaba aquello. No había explicación alguna por lo que salió tras él.

Lo vio salir fuera y lo siguió.

---¡Espera, Hugo! ---El joven se detuvo, pero no se giró, entonces ella se puso delante de él y le mostró la pulsera---. ¿Qué significa esto?

---Es una pulsera.

---Ya sé lo que es, pero ¿por qué?

---¿Acaso no te has dado cuenta de nada, Sara?

---¿De qué me tengo que dar cuenta?

Hugo suspiró cansado.

---Déjalo, da igual, si seguro que ahora mismo deben estar buscándote los directores de las orquestas más importantes del país. He hecho todo para que te des cuenta de una vez de lo que siento, pero está visto que no lo vas a ver nunca.

---No entiendo nada, Hugo.

---Me he enamorado, Sara. Me enamoré de aquella niña que apareció en el aula donde tocaba el piano y que me sorprendió. Me enamoré de mi

compañera de actuación con la que compartía risas y buenos momentos. Me enamoré de la joven que, a pesar de todo, desea cumplir sus sueños. Me he enamorado de la chica que salió a ese escenario sin saber dónde me encontraba y que en el fondo sabía que no la iba a dejar sola. Eres la persona con la que disfruto estar, con la que he compartido tantas cosas que me conoces mejor que nadie. Yo también conozco muchas cosas de ti, a pesar de que no me las has contado, como el *Canon*.

---Yo... ---Sara se cubrió la boca ahogando una exclamación de sorpresa--
-. Tú... lo que estás diciendo...

---No quiero perderte, Sara. Sé que quieres llegar a lo más alto en la música, pero no podré soportar quedarme sin ti.

Hugo se acercó y le quitó el violín que aún llevaba en la mano para dejarlo suavemente en el suelo.

Sara lo observó y cuando él se incorporó, se lanzó a sus brazos para besarlo dulcemente.

Cuando sus rostros se apartaron, ella sonrió.

---Yo también me enamoré de ese niño que tocaba el piano y no me sintió llegar y que ha ido evolucionando hasta convertirse en un maravilloso músico y con el que espero compartir muchos conciertos más con nuestro *Canon* particular.

Hugo también sonrió y volvieron a fundirse en un cálido y dulce beso.

Fin.

<https://www.youtube.com/watch?v=pf-czejWZwo>

Un nuevo cuento de Navidad

Estaba harta de la Navidad. Sí, muy harta de estas fiestas. Las Palmas se viste de luces por todos lados para festejar unas fiestas donde abunda la falsedad en la familia. Te sientas a la mesa y finges felicidad mientras comes. Por eso, este año, he decidido quedarme en mi piso de Tomás Morales.

Cuando mi madre se enteró de que no iba a cenar a casa puso el grito en el cielo, pero este año no me apetece hacer nada en estas fechas. Este año he decidido hacerme una maratón de *Star Wars* en mi piso y nadie me sacará de mi idea.

Tras pasar por el súper, también, cómo no, decorado todo muy navideño, me aprovisioné de todas las golosinas posibles, eso sí, nada de turroneos ni polvorones. Seguro que me añurgaría^[1] con ellos. Papas^[2], refrescos, chocolate, gominolas... incluso compré comida basura. A mi madre le daría un síncope si viera todo lo que me voy a zampar, pero me da igual. Ellos comerán lo de todos los años.

Preparé todo sobre la mesa baja de cristal que tenía en el salón, justo delante del sofá y luego encendí la televisión y el DVD. Cogí la primera película de *Star Wars* y la metí en el segundo aparato, le di al play para luego tirarme en el sofá.

Como siempre me ocurría, el tiempo se me pasó volando y rápidamente fui a poner la segunda mientras mordisqueaba una chocolatina Tirma. Aunque la segunda me parecía un poco más pesada, pero no quería saltarme ninguna. Se me hizo eterna, pero llegaba la tercera, mi preferida. Siento amor incondicional por Anakin Skywalker en esta película.

Ya me gustaría a mí tener una pareja que hiciese todo por mi felicidad. En parte mi odio hacia la Navidad había surgido por un tipo que no se merecía ni uno de mis pensamientos por todo el daño que me había hecho. Lo conocí tal día como hoy hace dos años y hace unos meses me dejó porque se le había acabado el amor. Sí, claro, se le acabó de tanto usarlo, como dice la canción. Se piensa que soy estúpida y no descubrí que me engañaba con otra.

A mitad de la película empecé a sentir sueño, no sé si por todo lo que había comido o simplemente por cansancio, pero mis ojos empezaron a

cerrarse...

Un golpe seco hizo que abriera los ojos. Miré a mi alrededor aturdida. En la pantalla se veía el menú de la película y maldije para mis adentros al darme cuenta que me había dormido. Otro golpe hizo que me incorporara rápidamente, me asusté al pensar que podría haber entrado un ladrón.

Fruncí el ceño. Claro, va a entrar un ladrón en un cuarto piso. Aunque quizás alguien dejó el portal abierto. Cogí el vaso que tenía sobre la mesa vacío y me incorporé para ir hacia el lugar donde se había oído en golpe.

Venía de la habitación que denominaba despacho, aunque servía un poco para todo. La luz estaba encendida y me acerqué sigilosamente para luego asomarme por la rendija abierta de la puerta. Allí vi a un niño rebuscando en una caja de cartón que tenía en un rincón y de la que ni me acordaba.

Abrí la puerta con fuerza y este apenas se inmutó.

---¡Eh, niño! ---grité---. ¿Qué haces aquí? ¿No te han dicho que no se puede entrar a casa de desconocidos? Vete a casa de tus padres, anda.

El niño, que perfectamente podría tener ocho años, se incorporó y se giró hacia mí. Tenía el pelo corto de color rubio ceniza, unos ojos grandes y expresivos de color verde, su boca lucía una sonrisa de pequeños dientes blancos. Vestía con unos pantalones cortos marrones y una camisa blanca con chaleco rojo.

---¡Hola! Soy Pasado ---saludó con una mano.

No pude evitar enarcar una ceja.

---Te burlas de mí...

---No, mi nombre es Pasado. ¿Sabes que tienes esa caja llena de muñecas? No tienes ni un coche ---dijo haciendo una mueca.

---Mira, niño, no sé quién eres y casi prefiero no saberlo, lo que quiero es que salgas de mi casa, tus padres podrían estar preocupados y créeme que no tengo ganas de acabar detenida.

---Vengo para hacerte recordar tiempos mejores. Soy un fantasma de las navidades del pasado, de ahí mi nombre.

---Claro y yo me he convertido por arte de magia en Scrooge.

Ese niño se acercó de nuevo a la caja y cogió a dos muñecos, uno femenino y otro masculino. Mis favoritos de pequeña.

---¿Recuerdas estos muñecos? Eran tu pareja favorita, pero ahora no crees en el amor.

---¿Qué sabrás tú de eso? ¿Cuántos puedes tener? ¿Ocho? Eres muy

pequeño para eso.

---Hay muchos tipos de amor y has dejado de creer en todos ellos. No has ido a casa de tu familia a cenar ni nada.

---¿Y qué más te da? Es mi vida no la tuya, ahora vete de una vez, que quiero seguir viendo *Star wars* ---dije dándome la vuelta, ese niño no sabía de lo que hablaba.

Lo sentí correr detrás de mí y me paré para mirarlo.

---El amor tiene muchas formas. Solo tienes que verlas. ¿Recuerdas ese amor inocente que sentías por ese niño del cole?

Puse los ojos en blanco.

---Un niño al que hace muchos años que no veo, desde bachillerato, nada más y nada menos. ---Levanté las manos con impotencia---. ¡Ah! No soporto esto, sal de aquí de una vez.

Volví a girarme para volver al salón cuando oigo: ---¡Vale!

Cuando miré a mi espalda, el niño ya no estaba. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo porque no sentí la puerta de entrada cerrarse. Me acerqué lentamente hasta el salón. Probablemente esté durmiendo y teniendo pesadillas a causa de la cantidad de azúcar que he ingerido.

---Claro, volveré a acostarme en el sofá y seguiré durmiendo, despertaré y nada de esto habrá ocurrido.

Al entrar en el salón pego un grito y retrocedo unos pasos. En mi sofá había un tipo de rostro muy parecido al niño de antes. Miro hacia atrás y lo vuelvo a mirar. Me sonrío y se incorpora. ¡Dios mío! Es condenadamente alto. Iba ataviado únicamente con unos pantalones rojos y un ridículo gorro de Papá Noel en la cabeza. Tenía los músculos bien definidos.

---¡Hola! Me llamo Presente.

¡Incluso saluda igual que el niño de antes! ¿Qué coño es todo esto?

---Debo haberme golpeado en la cabeza ---dije llevándome una mano a esta palpándola por si había algún chichón o herida, pero no había nada.

---¿Estás bien?

Sentí una mano en mi mejilla y me aparté de un salto. Lo miré sintiendo temor. ¿Qué estaba pasando?

---Dime que esto es un sueño o algo... eres idéntico al niño que estuvo en mi despacho hace un rato.

---Claro, es mi hermano, Pasado.

---Si esto es una broma de mal gusto, será mejor que acabe antes de que

venga Futuro.

Lo vi enarcar una ceja y luego soltar una risotada.

---Futuro vendrá si no hago que entres en razón y creo que lo harás, confío en mis habilidades.

Lo vi chasquear los dedos y la pantalla cambió de imagen, ahora ya no se veía el menú de *Star wars*, ahora se veía a mi familia con los turrones y polvorones encima de la mesa y se me hizo un nudo en el estómago. Mi asiento estaba vacío y de vez en cuando, mi madre lo miraba para luego suspirar.

Me acerqué a la pantalla.

---Ahora mismo están esperando a Papá Noel para los pequeños de la casa.

---Yo me encargaba de todo eso... ¿quién lo está haciendo este año?

---Uno de tus primos.

---Ya veo.

---¿No sientes nostalgia?

Me encogí de hombros sin dejar de mirar la pantalla. De repente, la imagen desapareció y parpadeé confusa, para girarme hacia el tipo.

---Quizás deberías limpiarte las lágrimas ---me dijo señalando mi cara.

Me pasé la mano por el rostro y se me empaparon.

---Pero...

---Los echas de menos y has sentido nostalgia, es normal, son fechas que ponen sensibles a todos. Por un lado, la familia, y por otro, la persona que quieres a tu lado.

---Yo no quiero a nadie a mi lado ---dije rápidamente. Me había acostumbrado a soltar eso cuando me decían algo relacionado con tener pareja después de la ruptura.

Presente chasqueó los dedos, volví a mirar y en la pantalla apareció un chico al que recordaba muy bien y que hizo que algo se removiera en mi interior. Sonreía sin parar junto a su familia. Me giré hacia ese tipo con el ceño fruncido.

---¿Lo recuerdas?

---¡Claro que lo recuerdo! Pero él hace mucho tiempo que dejó de estar en mi vida.

---Pero sigue en tu mente y en tu corazón ---dijo él señalando hacia mi pecho.

Negué con la cabeza, me negaba a creer en eso, ya pasé página. Él se había

quedado atrás. Nunca me confesó sus sentimientos cuando él sabía los míos y eso me dolió bastante. Por eso mismo decidí olvidarlo sabiendo que no iba a querer a nadie como lo quise a él.

No pude evitar abrazarme volviendo a mirar la pantalla. No lo veía desde el último día de clase de bachillerato antes de hacer la selectividad, pero no había cambiado nada. Seguía igual que siempre. Su pelo corto oscuro al igual que sus ojos, su sonrisa abierta y perfecta.

Me senté en el sofá con la mirada perdida en algún punto de la pared al lado de la televisión.

Ese tipo raro se sentó a mi lado.

---Quizás deberías buscarlo. Sigues pensando en él a pesar del tiempo pasado.

Negué con la cabeza.

---Tiene pareja, bueno, al menos es lo que sé de las redes. Él está muy lejos de mis posibilidades. Siempre pasé desapercibida para él.

---Eso puede cambiar ---dijo él apartándome un mechón oscuro que se había escapado de mi moño.

---Nada va a cambiar, este año no tengo ganas de nada, prefiero estar sola, así que déjame, por favor.

---¿Estás segura?

Asentí y un viento frío hizo que se me helara la piel. Miré a mi lado y el chico ya no estaba. La televisión volvió a la imagen anterior, a la del menú de la película de *Star Wars*.

Me levanté de nuevo y me dirigí a la cocina a prepararme una taza de chocolate caliente. Mientras se calentaba me senté en una silla y sin saber por qué, miré hacia la papelera. Justo a un lado, en el suelo, encontré un papel hecho una bola.

No pude evitar fruncir el ceño, ya que no recordaba haber tirado nada así en las últimas horas por lo que me acerqué a recogerlo, apagando antes el fuego donde se hacía el chocolate.

Justo cuando lo iba a abrir, sentí un golpe en el salón por lo que solté el papel y corrí hacia allí para encontrarme a un tipo más maduro que los dos anteriores. Su pelo lucía canas al igual que su barba de tres días. Vestía con un pantalón y chaqueta rojos con su camisa blanca.

Estaba recogiendo las cosas que habían caído al suelo de la mesa con la que había tropezado mientras maldecía.

---Malditas mesas bajas...

---Si no aparecieras de repente y tocaras la puerta como todo hijo de vecino no te pasaría esto. ---Fruncí el ceño ante mi comentario. ¿De verdad me estaba creyendo todo aquello? Bueno, si no puedes luchar contra la locura, mejor unirse a ella.

Él me miró.

---Oh, ¡hola! Me llamo...

---Futuro. ---Me miró desconcertado---. Sí, ya estuvieron tus dos hermanos antes y, aunque no quiera creerlo, eras el que faltaba. ¿En serio me creen como Scrooge?

---Los fantasmas de la navidad ayudamos a todo aquel que lo necesite.

---Ya he dicho que no necesito ayuda. Estoy bien como estoy.

---Sabes que eso no es cierto.

Crucé los brazos poniendo morros. Esos tres solo querían llevarme la contraria en todo. Le di la espalda para volver a la cocina. Sentía curiosidad por aquel papel del que estaba segura que yo no había tirado.

---Mira, ya sé que me vas a decir lo mismo que los otros dos, no hace falta que gastes saliva. No voy a ir a mi casa y no quiero recordar a alguien que he olvidado. Puedes ahorrarte cualquier tipo de magia.

---¿No quieres ver lo que puede ocurrir si eliges una opción u otra?

Suspiré con cansancio.

---Puedo imaginarlo... en una seré feliz y en la otra seré desgraciada, rodeada de gatitos en este piso viendo telenovelas todo el santo día y lamentándome de mi error.

---Vaya imaginación... deberías hacerte escritora.

---He desbordado imaginación desde siempre, no es nada y tomaré en cuenta tu propuesta de hacerme escritora, quizás así pueda tener una tercera opción de futuro ---dije mientras me acercaba al aparato DVD para sacar la película y poner la siguiente.

Estaba cansada de todo aquello y solo quería terminar de ver una de mis sagas favoritas. Cuando coloqué el disco, volví al sofá y me senté para coger el mando y poner las opciones de visionado.

---¿Vas a pasar de lo que te digo? No he venido para nada.

---Pero si ya sé lo que me quieres mostrar. Estoy reviviendo lo mismo que Scrooge ¿no? Pues el futuro que me traes no es nada halagüeño, ahórrate el tiempo, de verdad.

---Puedes tener un buen futuro si sigues nuestros consejos. Debes ir con tu familia y buscar a ese chico que te ha mostrado Presente. Si lo haces, tu vida será dichosa.

Me incorporé con las manos cerradas en puños y con la rabia saliendo por cada poro de mi piel.

---¡No voy a buscar a nadie! Ese chico nunca ha sentido nada por mí y no voy a hacer el ridículo de buscarlo para confesarle lo que siento.

---Entonces reconoces que aún sientes algo por él.

---La culpa es de ustedes^[3] que han venido a molestarme. Yo estaba muy contenta con mi soledad hasta que vinieron a remover las cenizas. Yo solo quería una noche tranquila, lejos de toda esta parafernalia de la Navidad, he crecido y no creo en la magia, mucho menos en la de esta noche, así que márchate y déjame sola.

---Si sigues por ese camino solo te esperará dolor.

---¡Me da igual! ---exclamé señalando la puerta---. ¡Vete!

Futuro levantó las manos y poco a poco fue desapareciendo ante mis ojos.

---Mira lo que has dejado en la cocina, quizás eso te ayude a creer de nuevo.

Entonces desapareció por completo. Mi boca se abrió ante sus palabras. ¿Cómo sabía que había encontrado algo en la cocina? Sin detenerme a pensar corrí hacia allí y tomé la bola para abrirla.

Era una foto. Una foto de hace muchos años. En ella salíamos algunos compañeros de clase y recuerdo que fue el último día de clase de bachillerato. Mis ojos no pudieron evitar buscarlo y cuando lo encontré parpadeé varias veces.

Sin soltar la foto corrí hacia mi habitación y cogí un álbum que guardaba en el ropero para comparar la que yo tenía con esa. La mía era diferente a la que tenía en mis manos. La que yo tenía todos salíamos mirando a la cámara con amplias sonrisas. En cambio, la otra foto, él me miraba a mí. ¿Habían sacado dos fotos y nunca lo supe?

¿Cómo había llegado esta foto a mi cocina? Volví al salón y tomé mi móvil. Era muy tarde, pero seguro que mi mejor amiga, Alex, estaba despierta, su familia solía hacer fiesta hasta el amanecer, así que la llamé.

---Vaya, pensé que tu odio a la Navidad me incluiría a mí porque no me llamas hasta ahora ---reprochó mi amiga al otro lado de la línea.

---Me ha pasado una cosa de lo más extraña, Alex.

Le conté con todo lujo de detalles lo que había ocurrido aquí hacía tan solo unos instantes, hasta de la foto. Ella empezó a reírse y frunció el ceño.

---¿Se puede saber qué has bebido? Yo estoy borracha, pero tú...

---No he bebido nada, Alex. Te juro que todo esto lo he vivido hace un rato. En mis manos tengo la foto en la que él me está mirando.

---Siempre te miraba.

---¿Cómo? ---pregunté confusa.

Mi amiga volvió a reírse al otro lado de la línea.

---No sé qué sucedió para que no se decidiera a declararse, estaba claro que se gustaban. Yo sabía que tú no le dirías nada por tu timidez, pero ¿él? ¿Él, que era el colmo del descaró? No lo entiendo aún.

---¿Por qué no me lo dijiste nunca?

---¿Crees que merecía la pena buscar a alguien que tras acabar bachillerato desapareció completamente? Tú quisiste pasar página después de aquello y yo no te iba a impedir buscar la forma de ser feliz.

Me paseé por el salón sin dejar de pensar en aquello y mirando la foto.

---Presente me enseñó una imagen suya actual. No ha cambiado nada.

---¿Nada, nada?

---Nada. ---No pude evitar sonreír---. Cuando lo vi me sentí como en aquella época, amiga, todo se removió dentro de mí.

---¿No será indigestión? Digo, no sé... me dijiste que te ibas a aprovisionar de chuches y comida basura.

---Hablo en serio, Alex.

---Y yo también.

---Estás borracha, mejor vete a dormir y cuando estés despejada hablamos.

---Mejor, me estoy cayendo de sueño. Tómate algo para el estómago y ponte a dormir tú también.

Tras esto, me colgó. Miré la pantalla del móvil y lo dejé sobre la mesa. Di varias vueltas más. Volví mi mirada hacia el reloj y ya prácticamente estaba amaneciendo. La foto seguía en mis manos y la solté sin saber muy bien dónde caía.

Me dirigí a mi habitación para ponerme una chaqueta, necesitaba salir de allí y olvidar todo. Despejar mi mente. Me coloqué mis botas y tras coger las llaves salí de mi piso.

Bajé las escaleras para luego abrir el portal y salir a la calle. Justo cuando

me acercaba al semáforo para cruzar, tropecé con alguien.

---Lo siento, iba despistada... ---Levanté la mirada y mis ojos se abrieron de par en par---, pero...

---Hola, Claudia.

---Javier... yo... yo...

Él me sonrió. Era él. El chico que por el que había suspirado durante toda mi infancia y adolescencia se hallaba ante mí, vestido con unos vaqueros y una sudadera oscura.

Me había quedado muda de repente. No podía articular palabra. ¿Cómo había llegado hasta aquí, si él vivía lejos de Tomás Morales?

---No pensaba... encontrarte aquí...

«¡Idiota! ¿Por qué tartamudeas? Se supone que has pasado página».

---La verdad es que no sé muy bien qué hago por esta zona, es como si algo me hubiese empujado hasta aquí ---dijo dudoso.

A su espalda, los tres fantasmas me sonreían esperando que reaccionara. Me mordí el labio y luego sonreí levemente.

---Dicen que la navidad es mágica, es posible que haya querido que nos reencontráramos.

«¿Pero qué estupideces estás diciendo? Cambia de tema ¡rápido!».

Javier soltó una carcajada.

---Siempre has tenido mucha imaginación, pero creo que por una vez te voy a creer. Hacía muchos años que no nos veíamos y no sabía nada de ti.

---Bueno... ---Una ráfaga de aire frío hizo que me abrazara.

Él me agarró por el brazo mirando a su alrededor hasta ver una pequeña dulcería abierta.

---¿Qué te parece si vamos allí? Hace mucho frío a estas horas.

Solo pude asentir mientras lo seguía hasta aquella dulcería en la que más de una vez había ahogado mis penas con dulces deliciosos. Nos sentamos en una mesa y pidió dos chocolates calientes.

---Supongo que sigues odiando el café. Recuerdo que en el instituto pedías chocolate caliente en la cafetería.

---¿Lo recuerdas?

---Claro, siempre destacabas por eso. También recuerdo que te gustaba mucho comer croasán de chocolate. Casi se podía decir que eras una amante del chocolate.

Mis mejillas se sonrojaron.

---Qué vergüenza... ---dije en un susurro.

---¿Por qué? Yo diría que eras adorable. Por desgracia hemos crecido y hemos tenido vidas separadas.

---Bueno, tomamos caminos diferentes, yo hice la selectividad y estudié una carrera universitaria, ni siquiera te vi en los exámenes. Pensé que podría verte una vez más antes de separarnos del todo ---confesé casi sin pensar, después de tantos años, sentí que tenía que soltarlo todo, no dejarme nada dentro para quitarme ese peso de encima---. Tantas veces intenté contarte cómo me sentía y fui una cobarde. Por culpa de mi cobardía no te confesé que te quería, que no paraba de pensar en ti, que los chicos con los que he estado los he comparado contigo... ---Levanté la mirada y volví a sonrojarme al sentir cómo sus ojos se clavaban en mí---. Yo... lo siento... no tenía que haber dicho nada de esto...

Otra vez volvía a sentirme la chica cobarde de bachillerato y me incorporé justo cuando llegaban las tazas con el chocolate. Justo cuando iba a marcharme, me agarró del brazo y me giró hacia él quedando los dos pegados.

---Créeme que yo también fui un cobarde. Podría haberte dicho también lo que sentía y no lo hice. Ambos cometimos un error al acabar el bachillerato. Un error que quizás la magia de la navidad, como tú misma has dicho, nos dé una nueva oportunidad porque yo también he comparado a las chicas con las que he salido contigo. Quizás deberíamos aprovechar esta segunda oportunidad.

---Hemos cambiado, Javier, no somos los mismos que con dieciocho años. Maduramos. Quizás no te guste cómo soy ahora.

Acarició mi mejilla con delicadeza mientras sonreía.

---Quizás tampoco te guste cómo soy yo, pero si no lo intentamos no lo sabremos.

Le miré a los ojos fijamente mientras poco a poco se iba acercando a mí y, de repente, vi un reflejo rojo sobre nuestras cabezas. Los dos miramos hacia arriba y sonreímos al ver el muérdago. Volvimos a mirarnos y, sin demora, nuestros labios se unieron bajo aquellas bolitas rojas y hojas verdes.

Cuando nos apartamos, miré al exterior de la dulcería donde los tres fantasmas asentían mientras desaparecían lentamente y yo les sonreí agradecida porque me habían devuelto el amor en unas fechas tan mágicas como la Navidad.

No todos los dioses griegos viven en el Olimpo

---¿Cómo que mi maleta ha desaparecido? ¿Cómo ha podido desaparecer?
---preguntó Fara a uno de los encargados de la aerolínea en la que había viajado para pasar el verano en Grecia.

---Lo siento, señorita, le prometo que encontraremos su maleta.

---¿Y cuánto tardará?

---No lo podemos asegurar, pero desde que la encontremos, la avisaremos.

---De acuerdo, gracias ---dijo ella apesadumbrada.

Se colocó la mochila y salió del aeropuerto de Atenas suspirando. ¿Qué iba a hacer sin su ropa? Tendría que comprar alguna muda para ponerse hasta que apareciera su maleta. Miró a su alrededor y pensó en coger un taxi hasta el hotel donde se iba a hospedar.

Vio uno aparcado no muy lejos y se dirigió a él, pero justo cuando estaba llegando, alguien se subió y arrancó. Maldijo en voz alta su mala suerte.

No tenía que haberle hecho caso a su editora para que se tomara unas vacaciones. Eso no iba a quitar la poca motivación que sentía para escribir. Se quedó allí a la espera de otro taxi. Necesitaba descansar y olvidar, por un momento, todo lo que le había ocurrido desde el minuto uno en ese viaje.

Esperó pacientemente, pero parecía no querer venir ninguno. Tras un rato vio aparecer uno al que se subió y dio la dirección del hotel. Nada le apetecía más que un buen baño relajante lleno de espuma y sales.

Por suerte no tardó mucho en llegar así que se dirigió a la recepción del hotel para confirmar la reserva y que le diesen la llave de la habitación en la que pasaría los próximos días. Cuando la tuvo en sus manos se le acercó un botones preguntando por su equipaje y ella sonrió desganada.

---La aerolínea la ha perdido, están buscándola a ver si aparece ---dijo ella mirando al recepcionista---. Les di el número del hotel para que me avisaran.

---Lo tendremos en cuenta, señorita.

---Gracias.

Subió al piso donde estaba su habitación y entró suspirando con cansancio. Dejó la mochila sobre la cama para acabar quitándose la ropa que llevaba en

lo que iba hacia el baño. Allí abrió el grifo para llenar la bañera-jacuzzi.

Una vez llena, entró y con satisfacción suspiró mientras sentía cómo se destensaban sus músculos agarrotados por el viaje. Cerró los ojos relajándose.

---Te vas a hundir como te quedes dormida...

Fara se incorporó rápidamente y miró a su alrededor encontrando a todo un dios griego apoyado en el marco de la puerta. Ella se cubrió con los brazos mientras soltaba un grito.

---¡Sal de aquí, perverso! ¡Llamaré a seguridad!

---Primero tendrás que salir de esa bañera ¿no crees? ---preguntó el tipo con socarronería.

Fara intentó mojarlo lanzándole agua a ver si se iba, pero esto solo consiguió hacer reír al hombre. Entonces lo vio acercarse, pudiendo así apreciar sus rasgos. Alto, demasiado; pelo corto castaño claro casi rubio y ojos azules como el mar que rodeaban aquellas tierras.

---¡No te acerques! ---dijo ella extendiendo la mano mientras trataba de cubrirse con la otra---. ¡Esta es mi habitación! No sigas o gritaré de verdad.

---Hazlo, si yo no quiero no podrán verme. Permíteme presentarme. Me llamo Ptolemy, soy hermano del mundialmente conocido Eros o Cupido, según la mitología que prefieras.

Fara abrió la boca, sorprendida para luego soltar una risotada.

---Estás loco, definitivamente voy a llamar a seguridad ahora mismo.

---Nadie quiere creerme... ---dijo el tipo encogiéndose hombros---. Eros, mi hermano, me ha enviado no sé por qué, pero aquí estoy... Creo que quiere que te alegre el día ---dijo moviendo las cejas con una sonrisa de medio lado.

Ella le lanzó más agua, esta vez sí que lo alcanzó mojando la camisa blanca que llevaba puesta lo que hizo que se le pegara a la piel y se pudiera apreciar unos pectorales bien trabajados.

---¡He dicho que salgas de aquí, perverso!

Pero Ptolemy siguió sin hacerle caso acercándose hasta agacharse junto a la bañera. Fara no pudo evitar mirarlo y quedar embobada a pesar de querer ocultarse bajo el agua hasta que se fuera. Tenía un efecto hipnótico que le impedía moverse.

---Mi hermano me dijo que eras guapa, pero tampoco es para tanto. Bueno, él es un romántico... yo heredé la parte buena de mamá ---dijo con una sonrisa pícaro.

Fara volvió a gritar y esta vez lo empujó haciéndolo caer al suelo de culo. Aprovechando la confusión del tipo, ella salió de la bañera para cubrirse con una toalla mientras buscaba algo con que defenderse, encontrando una escobilla de baño como única arma.

---¡No te acerques o te... o te... te comes esta escobilla! ¡Sí, eso! ¡Te la comes!

Ptolemy se incorporó soltando una carcajada.

---He comido muchas cosas en mi larga vida, pero no eso... ---dijo señalando el objeto que tenía Fara en las manos---. No entiendo por qué te pones así.

---¿Todavía me lo preguntas? ¡Has entrado sin permiso mientras me daba un baño! ---La joven intentó enrollarse la toalla para cubrirse completamente mientras el pelo mojado se le pegaba al rostro y la espalda---. Encima me dices que eres hermano de un dios griego. Si mi día podía ir a peor, esto lo ha superado con creces.

---Yo no miento, Eros es mi hermano, lo que pasa es que todos los valores de mi madre se lo adjudican a él cuando él solo es el dios del amor, yo soy el dios de la sexualidad.

---Pero ¿tú te estás oyendo? Mira, he tenido un día de mierda, solo quiero darme un baño y dormir un día entero si hace falta, así que, por favor, vete. Vete a gastarle esa broma a otra persona.

Él se levantó y volvió a acercarse, pero ella mantenía la escobilla delante como defensa.

---Yo no bromeo.

Fara suspiró con frustración cerrando los ojos. Se apoyó en la pared.

---No estoy de humor, de verdad, quiero que salgas de aquí ahora.

---Vamos, pequeña, seguro que un buen rato en la cama hará que se te pase todo. ---Volvió aquella sonrisa socarrona al rostro del dios griego. Se desabrochó los botones de la camisa empapada y la lanzó en la bañera terminando de mojarla lo que le hacía apreciar a la joven sus fuertes brazos---. A todas os pasa lo mismo.

Fara abrió la boca ante las egocéntricas palabras de Ptolemy. ¿Pero qué se creía ese tipo? Sin dudarlo, salió de la habitación y tomó el teléfono junto a la mesilla de noche para llamar a recepción.

---Sí, ¿recepción? Me gustaría que viniera alguien de...

Fara no pudo acabar la frase porque Ptolemy tomó el auricular y se lo puso

en la oreja.

---Sí, lo que la señorita desea son fresas y chocolate derretido ---dijo mirándola con mirada traviesa---. Perfecto, aquí lo esperamos.

Él colgó y ella se apresuró a levantarse de la cama para dirigirse a la puerta, pero el dios fue más rápido porque justo cuando ella iba a abrir, él la cerró y la acorraló contra esta.

---Estás loco, eres un loco perverso.

---Es posible ---dijo volviendo a sonreír---. Pero tengo algunas cosas pensadas para hacer contigo. Eres un dulce bomboncito con tu pelo y ojos oscuros.

Ptolemy le tomó la barbilla con dos dedos y la obligó a mirarlo. Fara quedó hipnotizada una vez más, sus ojos brillaban con promesas de sexo ardiente. Involuntariamente gimió y sintió cómo se humedecía.

Sin siquiera darse cuenta se vio arrastrada hasta la cama para quedar tendida sobre esta. La mano que había sujetado su barbilla bajó por todo el cuello hasta llegar a la toalla que ocultaba sus senos. Estaba a punto de apartarla cuando tocaron en la puerta lo que hizo que se rompiera todo el hechizo del momento.

Ptolemy suspiró con fastidio y se acercó a la puerta para abrir y coger el carrito que llevaba un camarero. En este había un cuenco lleno de fresas y una fuente con chocolate líquido.

Al cerrar la puerta, miró hacia la cama, pero Fara no estaba allí. La puerta del baño estaba cerrada y no le hizo falta ser adivino para saber que se había encerrado allí.

---Bomboncito, sal de ahí. Acaba de llegar las fresas y el chocolate.

---¡No! ¿Qué me hiciste antes?

---Nada, tu cuerpo reacciona a mi contacto, es innato.

---¡Mentira! Vete de aquí de una vez.

---Que sepas que una puerta no me va a impedir estar ahí dentro.

---¡Atrévete!

Ptolemy chasqueó los dedos y apareció al otro lado tras Fara.

---¡Voilà! ---exclamó.

Ella gritó asustada mientras se giraba hacia él señalándolo.

---¿Có... cómo lo has hecho?

---Ya te lo he dicho. Soy un dios griego, hermano de Eros, hijo de Afrodita. Dios de la sexualidad.

---No puede ser cierto. Seguro que me di un golpe en la cabeza o algo, esto no es real ---dijo Fara llevándose una mano a la cabeza.

Ptolemy hizo un movimiento con la mano y la puerta se abrió. La sujetó por el brazo con delicadeza y la sacó de la habitación.

---No quiero hacerte daño, simplemente quiero hacerte disfrutar, mi hermano me ha enviado, al parecer lo necesitas, pero créeme que yo no voy a hacerte nada malo. Simplemente debes dejarte llevar.

---Yo no quiero esto, no soy así. Odio este tipo de relaciones ---dijo ella mirándolo---. No soy mujer de una noche. Así que será mejor que me dejes en paz.

---¿Por qué te niegas? ---preguntó Ptolemy confuso, nunca se había visto con una negativa en todos sus milenios de vida.

---¿Por qué no debería hacerlo? Soy libre de elegir.

Ptolemy se rascó la nuca sin saber qué decir, pero no iba a cejar en su intento de seducirla, que para eso había bajado desde el Olimpo.

---En el fondo lo deseas, bomboncito ---insistió.

---No soy tu bomboncito ---dijo ella cruzándose de brazos.

---¿Eso crees? ---con un movimiento de la mano, la toalla que la cubría cayó al suelo y ella intentó cubrirse con los brazos---. Eres un bomboncito muy jugoso.

La joven, que estaba cerca de la cama, tiró del edredón para cubrirse.

---¡Perverso! ¡He dicho que te largues! ---exclamó señalando la puerta.

---Prefiero estar en esa cama contigo.

Fara miró a su alrededor y vio uno de sus zapatos en el suelo por lo que lo cogió para lanzárselo con toda la fuerza de la que fue capaz, aunque surtió poco efecto por lo que decidió probar con el otro que estaba un poco más allá dándole justo en el centro del pecho.

Aquello le hacía retroceder así que buscó más cosas que poder lanzarle hasta que un vaso que había en la mesilla le dio de lleno en la cabeza. Ptolemy cayó al suelo. Fara lo miró con la respiración agitada, pero al ver que no se movía se preocupó. Se acercó a paso lento hasta él.

Tenía los ojos cerrados y parecía estar inconsciente. Preocupada, se agachó junto a él y puso una mano en su pecho para ver si respiraba.

Sin esperárselo siquiera, él la sujetó por la mano y con un rápido movimiento quedó ella tendida en el suelo con él encima sonriendo socarronamente.

---Qué fácil es engañarte, bomboncito.

Fara se revolvió debajo consiguiendo con el movimiento que el edredón que la cubría cediera y dejara ver gran parte de su cuerpo. Ptolemy la observó detenidamente. Ella, al saberse observada, se sonrojó y volvió a luchar para liberarse.

---Déjame.

---No entiendo por qué te pones así, vine a darte placer, ¿por qué no aceptas el regalo de un dios?

---¡Porque no quiero!

---Pero tu cuerpo habla por sí solo, tus pezones están erectos y puedo sentir la humedad de tu entrepierna. Me deseas.

Fara negó con la cabeza intentando aún apartarse, pero su cuerpo se tensó cuando Ptolemy posó una mano en su vientre. Un calor abrasador la invadió desde el punto donde él la estaba tocando. No pudo evitar gemir mientras sentía la humedad invadiendo su entrepierna.

La mano de él subió poco a poco hasta el valle entre sus pechos que se movían al compás de una respiración agitada.

---Relájate, bomboncito ---susurró acercando su rostro al oído de Fara---. Ya verás cómo disfrutas de este momento. Puedo adivinar tus fantasías más oscuras con solo mirarte.

---No, por favor... ---rogó ella con la respiración algo agitada, el calor recorría todo su ser.

Ambos se miraron a los ojos y él, entonces, acercó sus labios para besarla con pasión. Recorrió toda su cavidad con la lengua y ella gimió cuando sintió que las manos de Ptolemy recorrían suavemente sus costados quedando los pulgares en los laterales de sus pechos doloridos y ansiosos de atenciones.

---No lo sigas negando, bomboncito, déjame darte placer ---dijo él apartando los labios de los de ella---. Vas a disfrutarlo.

---No... no...

Fara tenía los ojos cerrados y los abrió cuando las manos de Ptolemy abarcaron los pechos haciéndola arquearse. Los pezones eran dos guijarros y cada roce era una auténtica tortura que la llevaba a humedecerse aún más, él se apartó haciéndola gemir con frustración.

---Así no, para algo pedí las fresas y el chocolate ---dijo mientras chasqueaba los dedos e hizo aparecer las cosas a su lado.

Sonrió de medio lado y cogió una fresa que luego embadurnó en el

chocolate sin dejar de mirar a Fara. No era el tipo de mujer de la que estaba acostumbrado a tratar, pero se veía maravillosa, con un cuerpo delicioso de curvas perfectas. Se adaptaba perfectamente a sus manos y sus reacciones lo ponían muy, muy caliente.

Su miembro pulsaba contra sus pantalones, ansioso de acción, pero el pequeño soldado debía aguardar su turno. Antes quería jugar un poco.

Con la fresa embadurnada fue recorriendo su cuello y bajando hasta el valle entre sus pechos dejando un camino de delicioso líquido oscuro sobre la piel que no dudó en probar.

Fara gimió cuando el chocolate tocó su piel y se hicieron más audibles cuando Ptolemy recogió con su lengua el líquido haciéndola arder y humedecerse aún más.

---Un bomboncito embadurnado en chocolate, justo como a mí me gusta --- dijo el dios pasándose la lengua por los labios---. Pero esto no ha hecho más que empezar.

---Yo... yo...

---¿Qué?

---No puedo más ---confesó.

Estaba muy caliente y en cualquier momento acabaría teniendo un orgasmo. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado a punto tan rápido? Probablemente nunca. Y si todo esto era un sueño, no quería despertar. Pero las sensaciones eran tan vívidas y placenteras que comenzaba a dudar de que fuese así.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando sintió el chocolate sobre uno de sus pezones y los finos hilos del líquido comenzaban a recorrer todo su pecho, pero no llegaron muy lejos, ya que Ptolemy lamió metiéndose, luego, el pezón en la boca para succionar con deleite.

El cuerpo de Fara se arqueó.

---¡Dios! ---exclamó.

---Eso es lo que soy, bomboncito, por fin me lo reconoces.

Procedió a hacer lo mismo con el otro pezón y ella se retorció de placer. Estallaría en cualquier momento. Él embadurnó su vientre para seguir lamiendo hasta que llegó a su monte de Venus. Ptolemy sonrió y procedió a untar chocolate muy cerca de su centro de placer.

---No puedo aguantar.

---Tranquila que ya estoy llegando.

Metió los dedos en el chocolate y luego lo dejó caer en la zona deseada para luego lamer, saboreando aquel manjar. Fara gritó mientras cerraba los puños en el edredón que estaba entre ella y el suelo. El dios no se detuvo en ningún momento y recogió en su boca las consecuencias de aquel pequeño juego.

Fara respiraba agitada tras el orgasmo que acababa de tener gracias a ese hombre. Había sido muy intenso y estaba agotada.

---Ha sido... asombroso... ---dijo ella entre jadeos con los ojos cerrados.

---Soy asombroso, lo sé ---reconoció---, pero aún quedan muchas horas por delante.

Se incorporó con ella en brazos para llevarla hasta la cama y luego fue en busca de una toalla mojada para limpiar los restos de chocolate, aunque aún no había acabado con él. Tenía otras ideas en mente.

Limpió con delicadeza el cuerpo de la joven que volvió a estremecerse de placer con las delicadas caricias que el dios le dio hasta volver a tener otro orgasmo.

Ptolemy chasqueó los dedos y aparecieron las fresas y el chocolate junto a ellos. Embadurnó una de las fresas y la puso contra los labios de Fara.

---Necesitas reponer fuerzas, come.

Ella lo miró y no pudo evitar sonreír.

---No creo que pueda comer chocolate sin pensar en lo ocurrido.

Él sonrió y le susurró al oído.

---Quiero tenerte lista para el siguiente asalto, bomboncito, y si el chocolate ayuda, no dudaré en usarlo a mi favor.

Le puso la fresa en los labios y ella le dio un mordisco que a Ptolemy le pareció de lo más sexy. Comieron algunas más y el dios se incorporó un poco para mirarla a los ojos.

---Ya no huyes, bomboncito, y eso me gusta.

---La verdad es que no sé por qué no huyo, pero algo me retiene, ansiosa de más.

Él sonrió y le rozó un pezón con los nudillos.

---Pues me gustaría verte huir, luego te ataría a la cama para tenerte bien quietecita y así torturarte de placer.

Fara se sintió humedecer e incluso soltó un gemido al pensar en lo que el dios le decía.

---Dudo mucho que lo hagas.

---¿Eso crees? Oh, puedo ser muy pervertido, imagina que luego te llevo a ese ventanal y te follo allí donde podrían verte. Vas a tener tantos orgasmos que mañana no podrás apenas moverte.

---¿Por qué yo? ---preguntó ella de repente removiéndose al pensar en las palabras de Ptolemy.

---Yo tampoco lo sé, mi hermano me dijo que viniera y eso he hecho, pero no hablemos de ello, ven.

Ptolemy la llevó hasta el ventanal, pero ella se detuvo.

---No puedes hacer eso. Si alguien nos ve...

---Ahí está lo mejor. La adrenalina que te sube por que puedan vernos.

Fara se negó, pero él la arrastró hasta que ella quedó pegada contra el cristal. Ella se removió, aquello era vergonzoso, ¡estaba desnuda!

---No, esto no está bien.

Ptolemy abarcó los pechos con sus manos y ella gimió apoyándose en él.

---Tu cuerpo anhela esto, bomboncito. No te niegues.

Fara negó con la cabeza, pero las caricias del dios no le dejaban pensar con claridad. Él le besó un lado del cuello y con movimientos lentos le instó a apoyar las manos en el cristal de la ventana para luego acariciar los costados hasta volver a abarcar los pechos de la chica.

Ella gemía con los ojos cerrados, arqueándose en busca de más. Su cuerpo hervía y su entrepierna no dejaba de lubricar. ¿Qué le estaba ocurriendo? Ella no era así.

---No puedo más ---jadeó.

---Aguanta un poco, ya verás que lo disfrutas más ---dijo descendiendo una de sus manos por su vientre para tocar su botón de placer y ella se retorció con un gemido---. Tranquila.

---No creo que pueda aguantar más.

---Claro que sí. No te muevas.

Ptolemy se apartó y ella permaneció inmóvil a pesar de gemir de frustración. Movié la cabeza buscándolo, pero no lo vio.

---¿Dónde...?

---Estoy aquí, quédate quieta ---le interrumpió.

---No puedo ---dijo moviendo las caderas.

Necesitaba liberarse y no pudiendo soportarlo más bajó una mano para tocarse, pero alguien se lo impidió. Ptolemy le sujetó el brazo y la giró hacia él haciendo que apoyara la espalda en el frío cristal.

---No me obligues a castigarte, bomboncito.

---Entonces acaba ya, no puedo más ---le exigió ella ya no pudiendo soportarlo.

Ptolemy sonrió con malicia.

---Primero no querías y ahora andas exigiendo. No, no... ---canturreó él mientras se desabrochaba el cinturón y los pantalones para dejarlo caer quedando desnudo ante ella---. Si quieres al pequeño soldado tendrás que dejar que yo lleve las riendas, bomboncito.

Agachó la cabeza y se metió un pezón en la boca. Ella volvió a gemir audiblemente y con las manos buscó el miembro de él. Lo acarició en toda su longitud. Ptolemy gruñó contra el pezón de Fara para luego pasar al otro procurándole las mismas atenciones que al primero.

La humedad creció en su entrepierna y su cuerpo temblaba anhelando un orgasmo.

Él apartó entonces la mano de Fara para apuntar su miembro hacia aquella vagina húmeda. La obligó a levantar una pierna para enredarla en su cintura. Rozó la abertura y por fin la penetró entrando de una fuerte embestida. Fara dejó caer la cabeza hacia atrás con un grito cuando se sintió invadida.

Subió la otra pierna y él procedió a salir para volver a entrar dando fuertes embestidas, aunque espaciaba estas hasta que poco a poco fue aumentando la velocidad al ver que él tampoco podía aguantar más haciéndolos jadear en el proceso.

---No pares, por favor, ya casi...

---Sí, bomboncito. Solo un poco más.

Ella se agarró a su espalda y lo arañó. Su orgasmo acudió a su cuerpo con fuerza. Una fuerza devastadora. Apresó el miembro de Ptolemy entre sus pliegues y lo ordeñó cuando él se corrió.

Muy pocas veces a él le ocurría algo así. Había tenido un orgasmo sublime con una simple humana. Miró hacia el cielo a través del cristal sin comprenderlo.

La cabeza de Fara descansaba en el hombro de Ptolemy con la respiración agitada.

---Te llevaré a la cama.

---Umm ---dijo ella sin fuerzas.

Salió de ella que gimió levemente y la llevó hasta la cama donde la dejó y la cubrió con las sábanas. La joven estaba tan agotada que se quedó dormida

al instante.

Ptolemy aprovechó para darse una ducha. Estaba realmente confuso con todo lo ocurrido. Se sentía muy atraído por esa mujer.

Se envolvió en una toalla y se secó el pelo con otra. Cuando apartó esta, se encontró con su hermano que estaba apoyado en la pared de brazos cruzados. Ambos eran idénticos en apariencia, aunque Eros vestía un poco más elegante que el travieso Ptolemy.

---¿Qué haces aquí?

---Comprobar con mis ojos que mis suposiciones eran ciertas.

---¿A qué te refieres?

---Esa chica que está ahí afuera es tu destino, hermanito.

Ptolemy enarcó una ceja.

---¿Esa humana? Creo que has tomado demasiada ambrosía últimamente. Soy un dios y ella una simple mortal, no puede ser mi destino.

---Las Moiras son sabias en cuanto a unir hilos. Os han unido y mi cometido era hacértelo saber.

---Eso no puede ser. Estáis todos mal de la cabeza, sobre todo esas tres viejas locas.

---No las hagas enfadar, hermanito. Dime una cosa ---dijo descruzando los brazos para acercarse---, estás confuso por lo ocurrido ahí afuera ¿verdad?

---¿Has estado espiando? ---preguntó sin pensar, celoso de su intimidad con Fara.

Eros sonrió y cuando Ptolemy se dio cuenta, retrocedió un paso.

---¿Ves? Ella está en tu destino, hermano, no puedes negar el poder del amor. Va más allá del sexo.

---Yo no quería esto, Eros. Soy el dios del sexo, debo estar en el Olimpo rodeado de musas y nereidas ansiosas de probar mi buen hacer en la cama.

---Eso se ha acabado, Ptolemy, es momento de que madures y hagas caso a los designios de las Moiras. Déjate llevar, no es difícil.

---Pero ella es mortal y yo soy inmortal.

---Eso tiene solución, pero debes renunciar a la inmortalidad.

El dios negó con la cabeza, él no podía renunciar a una eternidad con la que llevaba milenios. Era como si le quitaran algo importante. ¿Por qué no podía ser al revés? ¿Por qué no podía ella volverse inmortal?

---No voy a renunciar a ello. Que ella se vuelva inmortal.

---Eso no puede ser. ¿Cómo crees que se sentirá cuando vea que te

acuestas con todas las mujeres que encuentres en tu camino allá arriba? --- preguntó Eros señalando hacia el cielo---. Le harías mucho daño y ella tiene muchos planes aquí en la tierra.

---Pues que las Moiras cambien mi destino. Yo no voy a perder mi inmortalidad por una mujer.

Eros negó con la cabeza mirándolo con decepción.

---Eres digno hijo de madre, el egoísmo te delata. Solo te puedo decir que como niegues la felicidad a esa chica, tanto tú como ella sufrirán durante toda su existencia. No encontrará jamás a alguien que la ame, vivirá desdichada y no creo que se merezca algo así. Solo tú puedes elegir el destino de ambos, Ptolemy, así que piénsalo bien.

Salió del baño sin hacer caso de las palabras de su hermano. No quería seguir oyendo estupideces. Las Moiras eran unas malditas locas traicioneras. Miró hacia la cama donde Fara dormía profundamente. Esa chica no podía ser su destino, ni siquiera era su tipo, por favor.

Se acercó a la ventana sopesando las palabras de Eros. Esa chica no merecía desdicha. A pesar de negárselo, sabía que era una joven bella a la que debían irle bien las cosas. Volvió a mirarla con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo.

Se había entregado sin reservas aún teniendo un comienzo extraño. No pudo evitar sonreír al recordar lo que había ocurrido hacía un rato. Se acercó y se sentó a su lado sin dejar de mirarla. Le acarició el brazo con delicadeza.

---Ella te necesita ---dijo Eros a su lado.

---Pero debo renunciar a algo que no quiero.

---El amor lo puede todo, superarás no ser inmortal.

---¿Quién se encargará de mi poder?

---Solo yo podría hacerlo, recaerá sobre mí ambos poderes, el del amor y la sexualidad, desaparecerás de los libros de mitología y nadie sabrá de tu existencia como si no hubieses existido. Es duro oírlo, pero creo que es lo mejor si quieres cumplir tu destino como lo han dictado las Moiras.

---¿Cómo sabré que esto es lo que de verdad debo aceptar? ¿Y si os equivocáis todos?

---Ellas nunca se equivocan. Vamos, Ptolemy, atrévete a descubrir el amor, a ver que no es solo sexo que luego te deja vacío, busca lo que te llene de verdad, lo que te haga sentir pleno.

Ptolemy suspiró. Tenía miedo de lo que pudiese ocurrir.

---¿Y si ella me rechaza?

---No lo hará, se siente atraída por ti. Así que dime: ¿estás dispuesto a arriesgarlo todo por ella?

Ptolemy la miró durante unos minutos hasta que finalmente asintió.

---Procede, hermanito.

Eros sonrió y posó una mano en su hombro.

---Te voy a echar de menos.

---Yo también.

---Debes acostarte y cerrar los ojos, las Moiras se encargarán de todo. Disfruta esta oportunidad.

Ptolemy asintió y se acostó junto a Fara cerrando los ojos. Casi sin darse cuenta se quedó dormido.

Algunas horas más tarde, sonó el teléfono de la habitación despertando a Fara. La joven se incorporó rápidamente y lo cogió confusa.

---¿Sí?

---Buenas tardes, señorita, acaban de llamarnos del aeropuerto para decirnos que han encontrado su maleta. La traerán de un momento a otro.

---Oh, menos mal, gracias.

---Que pase una buena tarde.

Sin más, la joven colgó y miró a su lado. Allí estaba Ptolemy profundamente dormido. Acercó la mano hasta su rostro para acariciarle la mejilla. Se veía tan guapo así que no pudo evitar sonreír con ternura y más al recordar lo que le había hecho sentir hacía algunas horas.

Su rostro relajado le hacía parecer un ángel y no un tipo que adoraba el sexo más que comer. Fara se sonrojó al pensar en ese verbo. Ptolemy sí que había comido en su cuerpo. Volvió a sentirse húmeda y gimió bajo.

Ptolemy se revolvió un poco cuando la oyó y abrió los ojos. Mostró una leve sonrisa adormilada.

---Hola ---susurró él.

Ella lo miró tímidamente.

---Hola.

---¿Has dormido bien? ---preguntó él incorporándose.

---Sí ¿y tú?

---La verdad es que hacía tiempo que no dormía así ---reconoció él.

A su mente vino lo ocurrido antes de acostarse a dormir y rápidamente se incorporó para mirar algo que pudiera traer a sus manos. Chasqueó sus dedos,

pero nada vino a sus manos. Miró a su alrededor confuso.

Fara, al verlo así, frunció el ceño.

---¿Estás bien?

---Esto no era una broma de mi hermano... ---susurró mirando a la nada---. Ahora soy mortal. ---Se giró hacia la joven---. Soy mortal.

---¿Qué?

---He dejado de ser un dios del Olimpo. Ahora soy solamente Ptolemy.

---¿Te has golpeado en la cabeza? No existe ningún dios que se llame así. Conozco lo suficiente de mitología como para saberlo.

El joven sonrió y se sentó en la cama para atraerla entre sus brazos lo que hizo que ella soltara un jadeo de sorpresa.

---Eros tenía razón, soy mortal y el destino ha querido que nos encontráramos.

Sin esperar ningún tipo de respuesta por parte de ella, la besó apasionadamente mientras la recostaba para ponerse encima y dejarse llevar por la pasión que sentía en ese momento.

Lo que había empezado como un juego de seducción para su divertimento, se había convertido en su razón de ser como mortal. Su hermano los había enlazado junto con las Moiras.

Si su destino era ese, iba a adorar siempre la imagen de Fara suspirando por sus caricias y oyéndola gritar su nombre mientras llegaba al orgasmo.

Alguien llamó a la puerta y ambos miraron hacia allí.

---¡Servicio de habitaciones! Traigo el desayuno que encargaron la pasada noche.

Ptolemy se dirigió a la puerta con la toalla alrededor de la cadera y abrió lo justo para ver un carrito con el desayuno que él mismo introdujo para que el chico no viera a Fara completamente desnuda.

Cuando cerró, sonrió al ver el contenido de su desayuno.

---¿Qué? ¿Te apetece desayunar fresas con chocolate?

Una rosa, un álbum y un nuevo amor

Aquel pequeño capullo de rosa que daba la bienvenida a la primavera me trajo muchos recuerdos del pasado año cuando mi mejor amiga y yo nos fuimos de viaje por Italia.

El lugar de nuestro viaje fue elegido a suertes, aunque yo sabía que mi mejor amiga quería ir allí. Siempre me lo decía: - - - En Italia hay muchos hombres guapos que no dudarán en estar con una chica como yo.

Sí, lo reconozco, mi mejor amiga es bastante egocéntrica, pero la quiero mucho y no dudé ni un segundo en irme de viaje con ella.

Cuando acabé aquel año la carrera, y después de haber ahorrado durante mucho tiempo, preparamos todo para irnos. Entre todas estas cosas, preparamos un álbum donde podríamos todas las fotos que nos hiciésemos allá. Estaba deseando estrenarlo y como lo hicimos por sorteo, lo primero que pusimos fue el papelito afortunado con el nombre de Italia en mayúsculas escrito por mí y que mi amiga escogió en el sorteo.

Nos fuimos al año siguiente con la primavera, mi amiga Clara me ha dicho que en esa época del año era precioso y no dudaba de su criterio porque ella ha viajado más que yo. Era mi primera vez fuera de España y la verdad que me sentía un poco nerviosa, pero con mucha ilusión.

En mi fuero interno soñaba con encontrar un amor de verdad porque no me había ido muy bien con mis anteriores relaciones y como se suele decir: "la primavera, la sangre altera". ¿Alteraría la sangre a algún italiano? Quizás era lo que necesitaba tras la última ruptura.

Me sentía como una flor marchita y quería volver a florecer y ser como era antes de conocer a mi último novio.

El día llegó y ambas nos encontramos en el aeropuerto junto con nuestras familias para despedirnos y subirnos en el avión a la busca de una nueva aventura en nuestras vidas.

Para comenzar a llenar nuestro álbum de fotos, nos hicimos una foto con nuestras familias y luego otra en el avión, aunque evitamos que nos viera la azafata por si acaso.

El avión despegó y cogí el libro que llevaba en el bolso para leer, así se

me haría más ameno el viaje mientras mi amiga leía una revista de moda de la que no dejó de criticar a cuanta modelo hubiera.

A mi lado se sentó alguien al que no le presté demasiada atención hasta que me habló.

- - - Perdona, ¿sabes cuánto durará el viaje?

Levanté la vista del libro y miré a mi lado. Mis ojos se abrieron desorbitados ante la visión de aquel chico. A pesar de estar sentado se notaba que era alto, el pelo lo tenía corto de color marrón como la tierra y sus ojos verdes como la hierba fresca.

Cuando me recuperé de la visión del chico, sonreí levemente.

- - - La verdad es que no estoy segura, es la primera vez que viajo hacia Italia.

- - - ¿De verdad? La mía también.

- - - ¿En serio? Vaya coincidencia. ¿Viajas solo?

- - - Sí, quería recorrer la península itálica y mis amigos no son muy dados a la aventura.

- - - Vaya, que pena. Mi amiga y yo vamos a recorrer también todo lo que podamos y lo que el dinero nos dé.

- - - ¿Me has llamado? - - - preguntó mi amiga que, al ver al chico sentado a mi lado, sonrió de oreja a oreja - - - ¡Hola! Me llamo Clara, ¿cómo te llamas?

El chico la miró con una sonrisa y se presentó.

- - - Me llamo Eleazar.

- - - Bonito nombre. - - - Mi amiga ya había puesto su pose de coqueteo y el pobre chico iba a sufrir durante todo el viaje las preguntas de ella.

Pude ver en la mirada de Eleazar un ligero interés por ella, como todos los chicos. Clara es muy guapa y era normal que todos se fijaran en ella. Yo, en cambio, soy más normalita. La verdad es que no me importaba mucho que ella ligara más que yo, nunca competíamos. Clara es así y la quiero tal y como es.

Como bien supuse, ambos me ignoraron el resto del viaje así que seguí con mi lectura de la que estaba enganchada. Oía el parloteo de los dos de fondo, pero la historia de amor que estaba viviendo a través del libro me atrajo mucho más.

Siempre soñaba con mi príncipe azul, aunque sabía que estos no existían. Las novelas me hacen soñar despierta y creo que por eso me he llevado tantas decepciones en el tema del amor.

Cuando me quise dar cuenta, la azafata daba el aviso de ponernos los cinturones porque íbamos a aterrizar y fue ese el momento en el que Eleazar y Clara dejaron de hablar.

El avión aterrizó sin problemas y al desabrocharme el cinturón oí la voz de Eleazar junto a mi oído.

---Aún no me has dicho tu nombre.

Miré a Eleazar con cierta sorpresa.

---¿Mi nombre?

---Sí, tu nombre.

¿De verdad no le había dicho mi nombre? Vaya despiste más grande.

- - - No me había dado cuenta, lo siento, me llamo Belinda.

- - - Bueno, Belinda, parece que aquí nos despedimos ¿no?

- - - Eso parece - - - dije mostrando una leve sonrisa.

- - - Es una pena, me caíste bien, pero creo en el destino y algo me dice que podríamos volver a encontrarnos.

- - - Italia es muy grande, coincidir sería casi imposible.

- - - Confía en el destino, "la primavera es mágica".

Mi ceño se frunció. Aquella frase aparecía en el libro que estaba leyendo. Cuando quise decirle algo, ya había desaparecido.

Clara me tocó el brazo y salí de mi ensimismamiento.

- - - Tenemos que salir del avión ¿o es que acaso piensas quedarte?

- - - No, no. Ya salgo.

Clara y yo salimos hacia la zona donde se recogían las maletas. De todo el viaje, esta era la parte que más temía, ella siempre me contaba cosas de gente que perdía las maletas y no aparecían por ningún sitio. Por suerte, la documentación mía la llevaba en el bolso, pero no quería perder mi ropa.

Suspiré aliviada cuando vi mi maleta y, sin dudarlo, la cogí de la cinta transportadora. Clara cogió la suya y salimos del aeropuerto.

- - - ¿Vamos en taxi al hotel? - - - pregunté.

- - - Qué remedio. ¡Taxi! - - - exclamó mi amiga levantando la mano.

Un taxi blanco se paró a nuestro lado y nos subimos, mi amiga le dio la dirección en italiano y el taxista se puso en camino.

- - - Te manejas muy bien con el italiano, no me dijiste que se te daba tan bien.

- - - Bueno, no es por presumir, pero sí, se me da genial.

- - - Doy gracias por ello - - - dije sonriendo.

- - - Por cierto, ¿no crees que Eleazar era muy guapo? Creo que le gusté, intercambiamos nuestros números, estoy segura de que me llamará y así vernos.

- - - ¿De verdad crees que te llamará? Podría estar a kilómetros de nosotras, ¿serías capaz de irte y dejarme sola para encontrarte con un chico?

- - - ¡Claro que no! Lo haría venir a él. ¡Hagámonos una foto! - - - exclamó cambiando de tema.

No pude evitar sonreír, no podía enfadarme con ella aunque quisiera, así que saqué la cámara de fotos y nos hicimos un *selfie* dentro del taxi. Luego empecé a sacar fotos de todo lo que veía.

Al llegar al hotel, Clara se encargó de pagar al taxista mientras yo bajaba y veía el exterior del hotel del que no dudé sacar una foto. Luego entramos al interior y nos dieron la llave de la habitación. Íbamos a dormir juntas en camas separadas.

Dejé la maleta sobre la cama que había elegido una vez entramos y cogí mi móvil para llamar a mi familia y decirles que había llegado bien. Cuando colgué no pude evitar acordarme de Eleazar y las palabras que me dijo. ¿Cómo es que él conocía aquella frase de mi libro favorito? ¿Habría leído el libro también?

- - - Sí, seguro que lo ha leído y se sabe esa frase, no te comas el coco, Belinda.

Me giré hacia Clara y la vi mirándose en el espejo retocándose el pelo.

- - - Esta noche nos vamos de fiesta. Quiero conocer a chicos italianos.

- - - ¿Tan pronto? Yo quiero descansar, ha sido un viaje corto, pero me siento cansada.

Clara puso morritos.

- - - Anda, Belinda, ¡estamos en Italia! Cuando nos vean en las discotecas nos dejarán pasar a la zona vip.

No pude evitar enarcar una ceja.

- - - No quiero que nos gastemos todo el dinero en una discoteca, Clara.

- - - No te preocupes por eso, muchos chicos nos invitarán.

- - - Prefiero quedarme aquí.

- - - Vamos, Belinda, no seas aguafiestas. El vestido que te compraste hace unos días era para esto. Quiero vivir aventuras, pero también quiero conocer chicos.

- - - ¿Por qué no vamos mañana? Descansemos hoy. Podemos ir a la

piscina, seguro que hay muchos chicos allí. Venga, vayamos allí.

- - - ¿La piscina? - - - Clara meditó unos instantes mi proposición y luego asintió ---. Sí, tienes razón, podríamos ir allí a ver qué encontramos.

Entonces nos cambiamos. Clara se puso un bikini de color azul y yo en cambio me vestí con un pantalón corto y una blusa de tiros. Cogí mi bolso donde metí mi móvil y mi libro y, junto con mi amiga, bajamos a la piscina. A pesar de las quejas de mi amiga, yo fui así y me senté en una hamaca para leer un poco. Quería tranquilidad en mi primer día aquí.

Miré a mi alrededor por un momento y vi que había un precioso jardín en la que florecía una preciosa rosa roja. No pude evitar acercarme para olerla. Me gustaban mucho las flores y no pude evitar sacar una foto a aquel colorido jardín con flores de todos los colores, aunque la rosa era la que más llamaba la atención.

- - - Una flor entre las flores - - - dijo alguien a mi espalda.

Rápidamente me giré y mi cuerpo perdió equilibrio. Estuve a punto de caer sobre las flores, pero la persona que me había hablado me sujetó con fuerza y evitó que cayera.

Al levantar la mirada me topé con aquellos ojos verdes que enseguida reconocí, no había pasado mucho tiempo desde la última vez que los había visto.

- - - ¿Eleazar? - - - pregunté confundida. Él me sonrió y me apartó del jardín ---. ¿Qué haces aquí? Pensé que ibas a recorrer toda la península itálica.

- - - Y lo voy a hacer, pero empiezo mañana, quería descansar hoy y ¡sorpresa! Nos encontramos en el mismo hotel. Toda una coincidencia.

- - - Yo no lo llamaría así, no creo en las coincidencias, más bien creo que nos has seguido.

- - - Imposible. Yo me fui del aeropuerto antes que vosotras. ¿De verdad no crees en las coincidencias?

- - - Eso solo pasa en los libros y el cine.

- - - Yo no pienso así. Creo que es maravilloso que existan las coincidencias y más si me reencuentro con una chica como tú.

Noté cómo mis mejillas ardían y probablemente estarían sonrojadas. Me daba mucho corte que un chico dijera cosas así.

- - - Ya claro - - - dije mientras me apartaba ---. Debo volver a mi hamaca, no quiero que me roben mi libro y mis cosas.

Me alejé con paso lento hacia mi hamaca y di gracias a que no me siguió. Me senté y cogí mi libro para seguir leyendo tranquilamente. Tan ensimismada me quedé que no oí a Clara llamarme. Cuando la sentí, la miré confusa.

- - - ¿Ese de allí era Eleazar? ¿Por qué lo espantaste?

- - - ¿Qué? Yo no lo he espantado, yo lo que quiero es descansar un poco con una buena lectura.

- - - Por Dios, Belinda, estamos aquí para disfrutar y ¿tú solo quieres leer? ¿Dónde está mi amiga la aventurera? Dijimos que llenaríamos un álbum de fotos nuestras y solo tenemos ¿cuántas? ¿Cuatro fotos? Te propuse irnos de fiesta porque Italia por la noche es preciosa.

- - - Tenemos tiempo para todo eso.

- - - No lo tendremos si no te separas de ese libro.

Cerré el libro sintiéndome un poco culpable.

- - - Tienes razón, lo siento. Esta noche nos vamos de fiesta y nos sacaremos muchas fotos para nuestro álbum.

Clara sonrió.

- - - Esa es mi chica. ¿Por qué no te pones el bikini y bajas de nuevo para darnos un chapuzón?

- - - Es una buena idea, ahora vengo.

Me incorporé y subí a la habitación para ponerme el bikini. A pesar de estar en primavera hacía bastante calor. Mientras me cambiaba, algo se deslizó por debajo de la puerta y lo recogí.

Era la foto de la rosa del jardín. Le di la vuelta y había algo escrito: "El amor florece como las rosas rojas". Otra frase del libro que me había llevado. Abrí la puerta y vi a Eleazar allí plantado, me crucé de brazos.

- - - ¿Te estás burlando de mí? Prácticamente nos acabamos de conocer, ni siquiera vas a estar aquí mañana.

- - - ¿Acaso sabes dónde voy a estar mañana? ¿Y si decido quedarme?

- - - Nada te ata a este sitio para quedarte.

- - - Eso es lo que tú piensas.

- - - Querías recorrer toda Italia, no me mientas.

- - - ¿Crees en los flechazos?

Enarqué una ceja.

- - - Eleazar, no soy una niña. Los flechazos no existen, déjate de tonterías.

- - - Eres como una rosa, tus espinas pinchan mucho y a la vez tienes una belleza especial.

- - - No estoy para juegos. Será mejor que te vayas, quiero bajar.

- - - ¿Por qué no nos encontramos esta noche en el jardín?

- - - ¿Para qué?

- - - Para que hablemos .

---No voy a ir, ¿para qué te tomas la molestia de pedirlo? Voy a disfrutar de mi viaje con mi amiga. Es más, esta noche no puedo porque me voy de fiesta con ella.

- - - Te estaré esperando para cuando llegues.

- - - No sabes a la hora a la que llegaré.

- - - Me da igual. Quiero conocerte porque me gustaste desde que te vi en el avión.

- - - No digas tonterías, me voy que Clara me debe estar esperando.

Sin decir nada más, salí y cerré la puerta de mi habitación para luego alejarme de Eleazar. ¿Es que acaso estaba loco? Una persona no puede fijarse en otra nada más verla, eso es imposible.

Con esos pensamientos me senté en la hamaca y sentí la mirada de Clara fija en mí.

- - - ¿Por qué has tardado tanto? Con todos los chicos que se me han acercado, podrías haber aprovechado tú también.

- - - No me hables de chicos. ¿Te puedes creer que Eleazar me dijo que sintió un flechazo al verme en el avión? ¡Es de locos! Los flechazos no existen y dice que me espera esta noche en el jardín del hotel. De todas formas le dije que esta noche nos íbamos de fiesta así que espere todo lo que quiera.

- - - Amiga, Italia es amor en su estado más puro y para colmo, como dice el dicho: "La primavera, la sangre altera". No puedes evitar que ese chico sienta algo por ti. No sucumbió a mis encantos, solo tú le gustaste.

- - - Pero es que una persona no puede enamorarse con solo verla e intercambiar un par de frases.

- - - ¿Por qué no? ¿No te enamoras tú constantemente de los personajes de tus novelas?

- - - No es lo mismo, Clara, estamos hablando de un ser humano real, de carne y hueso. Él no puede haberse enamorado de mí. Es de locos.

Clara se puso boca abajo en la hamaca y me miró fijamente.

- - - ¿Acaso sigues afectada por lo que te hizo Daniel?

- - - Claro que sí. Es terrible enterarse de que la persona a la que creías querer solo estaba contigo para divertirse. Me hizo mucho daño, amiga. Este

viaje lo quería también para olvidarme de lo terrible de mi última relación. No quiero estar con nadie.

- - - Daniel era un imbécil y lo sabes. Te juro que si cuando volvamos me lo encuentro por ahí, le dejaré una bonita marca en su cara de mis espléndidas uñas.

Mi amiga era capaz de sacarme una sonrisa en los peores momentos. De no haber sido por ella y por ese egocentrismo que la caracteriza no hubiese salido de la depresión que me hundía cada día más después de lo que me ocurrió con Daniel. Me sentía marchitar con el paso de los días y perdí la confianza en mí misma.

No quería salir ni hacer nada. Mi corazón se había cerrado y odiaba al mundo en general. Pero lo peor fue cuando todos se preocuparon cuando no quería comer y comencé a perder peso. Clara siempre estuvo ahí conmigo y se lo agradezco porque tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

- - - Fue muy duro, no estoy lista para algo como lo que me acaba de ocurrir.

- - - En serio, es preocupante que digas algo así. Tú, la amante del amor, la que solo lee novelas románticas a todas horas ¿no eres capaz de disfrutar de esta oportunidad?

- - - No quiero sufrir más, además que no lo conozco de nada.

- - - Sí que lo conoces. Lo conociste en el avión ¿no?

---¡ Apenas cruzamos un par de palabras! - - - exclamé frustrada. ¿Por qué quería meterme por los ojos a ese chico?

- - - Más que suficiente.

- - - Para mí no lo es. Yo necesito tiempo para poder coger confianza con un chico hasta poder tener algo con él.

- - - Disfruta, Belinda, te lo mereces, has sufrido mucho con los chicos. Ya es hora de que disfrutes de lo que te ofrece la vida con respecto al amor. Estamos es un lugar donde el amor abunda, ¿qué mejor forma de encontrarlo que aquí?

- - - No sigamos hablando del tema, Clara.

- - - Como quieras, pero cuando nos vayamos de aquí sin que le dieras una oportunidad a Eleazar, te vas a arrepentir y será demasiado tarde.

Intenté no hacerle caso poniéndome las gafas de sol.

- - - Disfrutemos de las vacaciones que es lo importante - - - dije mientras cogía la cámara y le sacaba una foto a mi amiga ---. Tenemos que llenar un

álbum, que lo sepas.

- - - Entonces déjame sacarte una a ti - - - dijo tendiéndome la mano para que le diese la cámara.

Como quería tener buenos recuerdos, puse una pose divertida que tanto a ella como a mí nos hizo reír mucho. Luego, nos sacamos una foto de nuestros pies, a la moda de lo que se veía por las redes sociales. Después de aquello nos fuimos a comer y a descansar un poco antes de irnos de marcha por las calles italianas.

El descanso me sentó muy bien y cuando ya me sentí mejor, comencé a preparar la ropa que pensaba llevar. Quería disfrutar mucho. Me puse un vestido corto de color negro sin mangas y unos zapatos de tacón rojos. No suelo maquillarme mucho, me gusta lo sencillo, resaltar mis ojos con un poco de kohl y pintar mis labios de algún color que me quedase bien, normalmente los rosas.

Clara sí que se maquillaba a conciencia, era toda una experta y siempre quedaba muy bien. Ella iba a ir vestida con un vestido plateado que deja toda su espalda descubierta y unos zapatos negros con un enorme tacón. Los míos no eran tan altos, sinceramente porque me daba miedo tropezarme y partirme el tobillo, ya que yo soy más de llevar zapatos planos. Lo más probable es que al final de la noche acabara sin zapatos ningunos.

- - - Lista - - - dijo Clara ---. Podemos salir cuando quieras.

- - - Yo llevo lista más de diez minutos.

- - - Hay que estar guapa si quieres ligar.

- - - Ya sabes que a mí me gusta lo sencillo.

- - - Lo sé, lo sé, no puedes evitarlo, aún así te ves preciosa.

- - - Tú siempre estás genial, aunque no hace falta que te lo diga - - - dije sonriendo ---. Tomémonos una foto ahora que estamos guapas.

Mi amiga asintió y nos sacamos varias fotos poniendo diferentes poses, riéndonos divertidas. Tras esto, nos fuimos a disfrutar de la noche. Bebimos todo lo que quisimos y cuando yo ya no pude más, le pedí a Clara que nos marcháramos, pero ella había ligado con un chico y no creía que me acompañase hasta el hotel.

Le dije que nos veríamos al día siguiente y que tuviese cuidado porque apenas lo conocía. Ella asintió y siguió besándose con el tipo, que, sinceramente, no estaba nada mal.

Me fui al hotel, y una vez entré en el hall, me quité los zapatos porque tenía

los pies molidos.

En ese momento me acordé de Eleazar y en sus palabras de que me iba a esperar en el jardín. La curiosidad pudo conmigo y me acerqué al jardín sin hacer mucho ruido.

Una vez llegué allí, pude verlo sentado junto al capullo de rosa que había estado viendo hoy. Miraba al cielo estrellado y como si sintiese mi presencia, me miró.

- - - Has venido - - - dijo él sonriendo.

No fui capaz de hablar, solo me acerqué y me senté a su lado. No sé si fue la bebida o qué me sucedió que lo hice y hasta yo misma me sorprendí de sentarme allí.

- - - Sinceramente, no sé qué hago aquí sentada a tu lado, pero sigues sin gustarme. Seguro que esto es por lo que bebí. No me sienta nada bien irme de fiesta, no sé beber.

- - - Al menos te sentaste a mi lado, comenzaba a tener frío.

- - - Te dije que no esperaras por mí.

- - - Y si no me hubiese quedado, no te hubiese visto.

Lo miré enarcando una ceja.

- - - No sé qué esperas de mí. No te conozco de nada y en un par de horas te vas a ir a recorrer Italia. Yo no soy de las que se enamora fácilmente. Hace tiempo que dejé de creer en el amor como lo hacía antes. Sufrí mucho en una relación anterior. Si me hubieses conocido antes quizás sí que me hubiese fijado en ti y creería en los flechazos, pero ya no soy así.

- - - ¿Qué pasó para que fueras así?

- - - Un desengaño. La persona que creía querer sólo se divirtió conmigo, no significaba nada para él.

- - - Todos no somos así.

- - - He sufrido mucho en el amor, Eleazar, no puedo fiarme de los hombres.

- - - Yo nunca haría daño a ninguna mujer.

Abracé mis rodillas con fuerza y sentí cómo las lágrimas salían de mis ojos sin poder evitarlo. Lo que Daniel había hecho conmigo había sido la mayor humillación de toda mi vida. No solo se había reído de mí, también había hecho partícipe a sus amigos de sus hazañas conmigo.

Sentí unos brazos que me rodeaban y levanté la mirada hasta que me topé con los ojos de Eleazar.

- - - Ese chico no merece tus lágrimas, si realmente te humilló, lo que merece es tu odio y también tu indiferencia.

- - - Me humilló. Fue terrible.

- - - No pienses más en eso, Belinda, eres hermosa y si no te supo valorar es que fue un imbécil.

Me aparté un poco y me limpié las lágrimas.

- - - Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto. - - - Traté de reír y luego me incorporé ---. Me voy a dormir, estoy cansada.

Cuando ya me alejaba, Eleazar me agarró del brazo y me giró hacia él. Nos miramos fijamente. No pude evitar fijarme en sus labios. Eran tentadores y sentí deseos de besarlos para ver si sabían tan apetecibles como se veían.

Su rostro se acercó al mío y como si esperara lo que iba a suceder, cerré los ojos y me dejé llevar por el momento. Nuestros labios se rozaron y poco a poco fuimos profundizando el beso que se hizo más intenso y algo floreció en mi interior.

Nos separamos y abrí los ojos para mirarlo. Era la primera vez que me sucedía algo así y sentí un poco de miedo.

- - - Esto no debería haber sucedido.

- - - Claro que sí, Belinda. Yo sé que esto podría funcionar. La primavera es mágica y reúne corazones solitarios.

- - - Es la misma frase que aparece en mi libro. ¿Acaso lo has leído?

Eleazar sonrió y negó con la cabeza.

- - - Lo escribí yo.

Me alejé unos pasos.

- - - ¿Tú? Pero ¿cuántos años tienes?

- - - Ese libro lo escribí hace dos años y tengo veintitrés.

- - - Pero tu nombre no aparece en la portada.

- - - Utilicé un seudónimo.

- - - No me lo puedo creer.

- - - Espero que no te haya molestado. Como utilizo mi seudónimo, nadie me conoce como soy y casi lo prefiero así, el libro ha tenido más éxito del que esperaba.

- - - Es precioso. Sus personajes son tan intensos...

- - - Lo sé, intenté plasmar los sentimientos lo mejor que pude, pero no hablemos de mi novela, por favor, quiero que hablemos de nosotros, de que te des una nueva oportunidad en el amor. ¿Crees que podrás? Quiero conocerte

más y si de verdad esto podría tener futuro.

Lo miré fijamente y no pude evitar sonreír, de verdad quería volver a sentir el amor y si esta es mi oportunidad, no quiero desaprovecharla.

- - - Si de verdad quieres conocerme, tendrás que recorrer Italia conmigo y con mi amiga Clara.

- - - Estoy dispuesto, no tenía ningún plan concreto.

Sonreí y nos sentamos en una hamaca juntos observando las estrellas hasta que amaneció.

Aquel viaje salió a pedir de boca, llenamos un álbum grandísimo con fotos de todos los lugares que recorrimos y salimos nosotros, Eleazar y yo en algunas y Clara con un chico italiano llamado Pietro al que la magia de la primavera también tocó. Gracias a él pudimos conocer mejor la península itálica y fue un viaje maravilloso.

Ahora observo ese álbum de fotos junto a Eleazar y entre sus páginas estaba la foto de aquella rosa que nos unió aún más después de nuestro encuentro en el avión. Él prometió hacerme feliz e hice bien en confiar en su palabra, desde aquel momento soy una de las mujeres más felices del mundo y la primavera se convirtió en una de mis estaciones favoritas.

Una serie de desastrosas coincidencias

Era la tercera vez que el GPS del coche la llevaba por un camino sin asfaltar. ¿Cómo era posible que no encontrase aquel hotel donde había reservado habitación durante sus vacaciones? Aquel aparato del demonio la estaba llevando por sitios intransitables.

---Maldito cacharro, deja que lleguemos que vas a ver dónde vas a acabar ---dijo la mujer con bastante mala leche.

Siguió todo recto cuando de repente siente algo que le hace detener el coche. Se baja y maldice de nuevo. Se le había pinchado una rueda.

Comenzó a dar vueltas sin saber muy bien qué hacer. Llamar a la grúa, claro. Se metió dentro del coche y cogió su móvil del bolso. Lo accionó para llamar, pero el lugar donde estaba no había cobertura y se quejó de su mala suerte.

---Vete de vacaciones a la montaña, hazte una con la naturaleza... ---dijo con retintín---. Odio el bosque. ¡Lo odio!

Apoyó la cabeza en el volante intentando buscar una solución a su desdicha.

Unos golpecitos en la ventanilla le hizo dar un brinco y levantar la mano que tenía el móvil, lista para golpear con él si fuese necesario.

Fuera vio a un tipo alto, con el pelo corto oscuro y una espesa barba haciendo destacar sus ojos azules.

Vestía unos vaqueros junto con una camiseta blanca y una camisa estilo leñador de cuadros roja y negra. En su mano llevaba un hacha lo que le infundió respeto y hasta temor.

Bien es cierto que se veía la mar de sexy así vestido, como una fantasía sexual y ella ya llevaba un tiempo de sequía importante. Sus juguetitos a veces no eran suficiente.

Al verlo sonreír sin ningún tipo de malicia y hacerle un gesto para que bajara el cristal, ella obedeció casi por inercia sin bajar la mano que contenía el móvil.

---¿Estás bien? ---La voz ronca del tipo le erizó los pelos de la nuca---. Me parece que tu coche te ha dejado tirada y en un lugar bastante perdido.

---El maldito GPS me ha hecho una jugarreta, yo quería ir al hotel Mountain Creek y encima se me ha pinchado una rueda ---dijo ella.

---Vaya, Mountain Creek está casi al otro lado.

Ella abrió la boca con sorpresa mientras parpadeaba con rapidez.

---¿Cómo?

Él volvió a sonreír tras su espesa barba.

---Las nuevas tecnologías aquí no te servirán de mucho. Si quieres puedo ayudarte con lo de la rueda.

---Yo... te lo agradecería eternamente ---dijo ella bajándose para ir al maletero donde sabía que estaba la rueda de repuesto y el gato.

Lo abrió y sacó la enorme maleta de color azul un poco chillón. El tipo enarcó una ceja al verla. Era demasiado cantoso para su gusto. Dejó el hacha a un lado, levantó la tapa de la moqueta y se encontró con la rueda de repuesto y el gato.

Ella al verle hacer un gesto con los labios se temió lo peor. Ahora que lo pensaba... podría haber sido un asesino en serie y ella le pidió ayuda así sin más. Empezó a temblar.

---¿Qué ocurre? ---preguntó con temor.

---Nunca has usado la rueda de repuesto ¿verdad? Está desinflada y no llegará muy lejos por estos caminos.

La chica se llevó las manos a la cabeza y maldijo nuevamente.

---¿Y ahora qué hago?

Él se encogió de hombros.

---Si quieres, puedo llevarte al hotel, tengo la camioneta aparcada no muy lejos de aquí. Vine a buscar leña. Una vez lleguemos, puedes llamar desde el fijo a la grúa para que venga a buscarlo.

---¿Y cómo puedo saber que no eres un psicópata que quiere descuartizarme? Tienes un hacha, puedes matarme, después de llevarme a algún sitio para que no me encontrasen.

Se maldijo por tener la lengua tan suelta. Seguro que acababa de demostrarle lo que realmente era y no dudaría en meterla a la fuerza en su camioneta para llevarla a algún sitio donde poder matarla, descuartizarla y enterrar sus trocitos en medio de la nada.

Los temblores se intensificaron mientras intentaba recordar algo que pudiese servirle de arma contra ese hombre si decidía atacarla, pero tenía la mente en blanco.

Él adoptó una posición chulesca con los brazos cruzados volviendo a sonreír, esta vez con cierta sorna y con los ojos oscurecidos por el deseo.

---Yo te mataría a polvos más que con el hacha.

La joven parpadeó varias veces ante aquella revelación. Sintió cómo se le endurecían los pezones y se humedecía su entrepierna. Era un tipo directo y la había puesto a mil con sus palabras.

---Hablo en serio ---dijo ella tratando de no darle importancia a lo que había dicho, como si no le hubiese afectado.

---Y yo también. Te llevaré al hotel, pero eso no quiere decir que sea de hielo. Me atraes mucho, por cierto, me llamo Will.

---Hannah.

Will sonrió y le tendió la mano.

---Encantado, Hannah. ¿Entonces...? ¿Subes a mi camioneta y te llevo al hotel o te quedas aquí tirada? Te lo digo porque podrías toparte con algún oso.

Hannah abrió los ojos sorprendida y miró a su alrededor con temor.

---¿O... oso? ---Él se encogió de hombros mientras volvía a coger el hacha para dirigirse a su coche---. ¿Me vas a dejar sola?

---Te he ofrecido mi camioneta, puedes seguirme si quieres o no, es tu decisión.

Hannah corrió hacia el lado del piloto para coger su bolso con las llaves del coche y luego fue a por su maleta para seguir a Will que se alejaba silbando con el hacha al hombro.

---Menos mal que no llevo tacones ---dijo suspirando mirando sus deportivas.

Al menos había sido previsora en ese sentido, era ilógico llevar tacones a la montaña ni modelitos a la última. Lo único que deseaba era llamar a la grúa para que solucionara el problema de su coche y quizás darse un buen baño en el jacuzzi que había visto en las fotos de aquella página de críticas tan famosa.

Will no le dirigió la palabra más hasta que llegaron a la camioneta y allí la ayudó a colocar la maleta y el hacha en la parte trasera del vehículo para luego subirse ellos y poner rumbo al hotel Mountain Creek.

El trayecto se hizo en completo silencio en el que ella observó al leñador de reojo. Era muy atractivo. Sus brazos musculosos casi podrían reventar las mangas de la camisa. En uno de ellos se pudo apreciar un tatuaje, aunque era imposible verlo completo. Tenía ganas de levantar aquella manga para vérselo.

Estuvo a punto de preguntarle, pero cuando iba a tomar la iniciativa, él detuvo el coche.

---Listo, hemos llegado.

Hannah parpadeó para luego mirar hacia el hotel. Las fotos de la web no le habían engañado. No era muy grande, pero sí acogedor, con paredes de madera oscura y un porche amplio donde se podía ver un balancín muy cómodo.

A pesar de haberse quejado y maldecido al bosque, aquel hotel tenía un encanto especial que enseguida le hizo sentirse relajada.

Will se bajó para sacar la maleta de la parte trasera de la camioneta mientras ella se apeaba sin dejar de mirar aquella edificación. De repente la puerta se abrió y apareció una adolescente de largo pelo oscuro y ojos azules que lo miró con el ceño fruncido.

---¿Cuándo pensabas llegar con la leña? Hace dos horas que saliste de aquí.

---Tranquila, bicho, que encontré a una damisela en apuros al otro lado --- dijo señalando a Hannah que enseguida enarcó una ceja.

---¿Damisela en apuros? ¿Acaso eres del siglo XV?

Will sonrió.

---Puedo ser del siglo que quieras, me adapto a cualquiera de ellos.

La adolescente se cubrió el rostro.

---¡Qué vergüenza! ---exclamó la joven para luego mirar a Hannah---. No le hagas caso, mi hermano se cayó de la cuna de pequeño y no está muy bien de la cabeza. ¿Vienes a hospedarte?

---Sí... ---Miró a ambos hermanos, encontrando muchas similitudes, luego se dirigió a Will---. ¿Trabajas aquí?

La sonrisa del tipo era perpetua, no le abandonaba el rostro.

---Algo así...

---Podrías haberlo dicho desde un principio para no hacer el ridículo preguntando si eras un asesino en serie.

Él soltó una carcajada mientras sacaba los troncos que había cortado cuando encontró a Hannah tirada en medio de la nada.

---Bueno, reconoce que lo que te dije te puso caliente. Tu piel blanca te delata cuando te sonrojas.

---Eres un creído.

---Mi hermana me lo dice mucho.

Hannah soltó un gruñido y se dirigió hacia la entrada del hotel donde estaba la adolescente que la hizo pasar a un recibidor realmente acogedor, tal y como lo había visto en la web.

---Es precioso ---comentó Hannah mirando alrededor para luego dirigirse al mostrador a confirmar la reserva que había hecho.

Tras este había un chico, entrando ya en la veintena de pelo corto rubio oscuro y ojos verdes. Vestía de forma parecida a Will. ¿Acaso los hombres de esa zona vestían de la misma manera?

---Buenas tardes ---saludó el chico con una amable sonrisa.

---Hola, tenía una reserva a nombre de Hannah Jones.

El joven asintió y tecleó en el ordenador que tenía allí para luego coger una llave y entregársela.

---Su habitación está subiendo las escaleras, hacia la derecha. Si necesita ayuda con la maleta... ---se ofreció el chico saliendo de detrás de la recepción.

---Te lo agradecería, pesa un poco.

Este sonrió y cogió la maleta para subirla al piso superior. Hannah se fijó en la adolescente que había permanecido callada durante el tiempo que había durado el registro y al verla mirar al chico, sonrió.

---Lo vas a desgastar de tanto mirarlo ---dijo Hannah haciendo que la chica pegara un brinco y se sonrojara---. Tranquila, te guardo el secreto.

---Si mi hermano se entera, me mata.

---¿Acaso él no se ha fijado en chicas mayores que él a tu edad? Qué troglodita.

La chica sonrió levemente mientras se colocaba un mechón detrás de la oreja.

---Sé que quiere protegerme de que me hagan daño, pero ¿no crees que debería cometer mis propios errores para aprender? No sé, me gustaría poder vivir cosas que normalmente no vivo. Confesarle a un chico que me gusta y todo eso...

Hannah posó una mano en el hombro de la chica mostrándole una sonrisa afable.

---Puedes hacerlo, no dejes que tu hermano te vigile cada paso que des, vive la vida que quieres y si tienes que decirle a ese chico que subió las escaleras que te gusta, hazlo. Mira, ahí viene, aprovecha...

Le dio un leve empujoncito a la chica que se puso colorada al instante. Le

sonrió y subió las escaleras para dejarlos solos, esperando que el hombre de sonrisa perpetua no viniera a interrumpirlos.

Se dirigió a su habitación en la cual entró y no pudo maravillarse más de la espléndida decoración. Las paredes de madera le daban calidez. Los muebles parecían haber sido creados a mano y tenían una elegancia singular.

La enorme cama presidía toda la habitación de altos postes y cortinas colocadas para dar cobijo dentro de allí.

Hannah se acercó y se sentó sobre el colchón notando cómo se hundía bajo su peso, era muy blandito.

De repente se acordó de que tenía que llamar a la grúa y se dirigió a la puerta de la habitación para bajar a recepción. Salió pensando en lo que tenía que decir que no se dio cuenta de que ya estaba en las escaleras y tropezó.

---¡Joder! ---exclamó.

A punto estuvo de caer, pero alguien la sujetó.

---¿Estás bien?

Hannah levantó la mirada para encontrarse con Will que había subido corriendo al ver que iba a caerse.

---¿Qué quieres?

---Quería saber si la habitación era de tu agrado, aunque déjame primero ayudarte a levantar. La escalera es bonita y eso, pero dudo que quieras permanecer ahí medio tirada ---dijo mostrando una sonrisa mientras la sujetaba por la cintura para incorporarla sin que ella le dijese nada.

Al hacerlo, los cuerpos de ambos quedaron pegados, separados por unos pocos centímetros. Hannah dirigió la vista hacia sus labios y luego a sus ojos; ese hombre era toda una tentación.

Él también pensó que ella era una mujer muy hermosa y se había sentido atraído desde que la vio en su coche. Algo le obligaba a acercarse a ella. La tensión del momento era electrizante y pensó que lo mejor sería separarse antes de atacar aquellos labios tan apetecibles.

La soltó abochornado rascándose la nuca. Hannah pudo sentir calor en las zonas que sus manos habían tocado.

---Entonces... ---comenzó a decir él---. ¿Todo está de tu gusto?

Ella asintió.

---Iba a ir a llamar a la grúa para lo del coche, por eso bajaba.

---Vaya, pues te dejo que bajes.

Hannah fue a bajar el escalón y se detuvo soltando un gruñido.

---¡Mierda!

Posó una mano en la baranda mirando hacia abajo. Él la miró, confuso.

---¿Qué ocurre?

---Me he hecho daño en el tobillo al caer.

Will, sin decir nada, la cogió en brazos lo que la hizo soltar un jadeo de sorpresa. La llevó a la habitación para depositarla sobre la cama, luego se agachó y le quitó la deportiva para ver el estado del tobillo.

---Au, au, au ---se quejó.

---Te los has torcido ---dijo Will---. Lo siento mucho.

---Ya sabía yo que algo así pasaría. Maldita la hora en que hice caso a la gente para que viniera al bosque... no ha sido más que desgracias una detrás de otra...

---La mala suerte viene de tres en tres ---susurró Will---. Vas a necesitar algo que contrarreste esto.

Hannah enarcó una ceja.

---¿Cómo?

Él se encogió de hombros.

---Creo en la suerte y te han venido tres juntas.

---¡Por favor! Eso es cosa de niños... ---dijo escéptica cruzando los brazos.

---Yo no hablaría así, la suerte está ahí y no sabes qué te puede deparar. De momento te está mostrando su peor parte, por eso mismo yo siempre llevo esto ---dijo sacando una cadena de debajo de su camiseta que tenía un colgante con forma de trébol de cuatro hojas---. Es mi amuleto.

Ella bufó.

---Es una estupidez.

---Pues mi amuleto me hizo encontrar a una bella mujer con muy mala suerte en mi camino ---dijo él muy seguro haciendo que Hannah lo mirara con las mejillas sonrosadas. Will sonrió mientras elevaba la mano para acariciarle la mejilla con delicadeza. Luego se incorporó mirándola a los ojos fijamente---. Eres hermosa...

Ella se sonrojó y se incorporó tratando de no apoyar el pie lastimado.

---Ayúdame a bajar para llamar a los del seguro, por favor.

Will asintió y la cogió de nuevo en brazos para bajar al piso inferior y así pudiese coger el teléfono de recepción.

Hannah no se sentía nada segura al saber que iba a bajar así. Will podría

tropezar y ambos caer rodando escaleras abajo. Se aferró a él cerrando los ojos.

---¿Qué ocurre? ---preguntó él al notarla tensa.

---No nos caeremos por las escaleras ¿verdad? Con la racha que llevo, solo me faltaría eso.

El soltó una carcajada y ella lo miró indignada.

---Te prometo que no nos caeremos, mi suerte es mucho mejor que la tuya y el trébol de cuatro hojas nos protege de caernos.

Will comenzó a bajar las escaleras y ella volvió a aferrarse a él con los ojos cerrados, no queriendo pensar en una posible caída. Cuando llegaron abajo, él se dirigió al mostrador y la sentó allí. Hannah lo miró con el ceño fruncido.

---Podías haberme dejado en el suelo perfectamente.

---Sí, pero me apetecía ponerte ahí, si abres las piernas encajaría a la perfección.

La joven soltó un suspiro con frustración y miró alrededor buscando el teléfono mientras él sonreía con chulería. Cuando vio el teléfono, lo cogió y marcó el número de su seguro.

La operadora empezó a pedirle los datos y cuando le pidió el número de su seguro, se maldijo interiormente. Los papeles del coche se habían quedado dentro de este en medio de la nada.

Tapó el auricular y miró a Will con mirada suplicante.

---¿Qué ocurre? ---preguntó él.

---Se me olvidaron los papeles del coche. No me sé el número de mi seguro.

---Se te acumula la mala suerte, pequeña. Cuelga la llamada y vayamos a buscarlos.

---Gracias ---dijo antes de volver a hablar con la operadora y colgar.

Él la ayudó a bajar del mostrador y fue a cogerla de nuevo, pero ella lo detuvo.

---Creo que puedo andar ---dijo ella dando un par de pasos con ligera dificultad.

---Así llegaremos mañana.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

---Si no quieres ayudarme, buscaré la ayuda de otra persona que no sea tan imbécil como tú.

---Me gustaría verte intentarlo, no hay mucha gente trabajando en este hotel y todos están ocupados salvo yo mismo.

---Ni que fueras el dueño de todo esto.

Él levantó las cejas con una sonrisa petulante y Hannah se dio cuenta de que, efectivamente, él era el dueño de ese hotel. Al ver que ella caía en lo evidente, Will abrió los brazos.

---Estás ante el director de Mountain Creek.

---No me lo puedo creer ---dijo ella cubriéndose el rostro---. Eres el maldito dueño de este hotel y quieres follar con una de tus clientas... ¿de verdad?

---No soy de hierro, nena. Me pones a mil y como comprenderás, en un hotel perdido en medio de la nada, como tú dices, que vengan chicas como tú no es algo que ocurra a menudo. Últimamente vienen muchas abuelitas y no me va el sexo con señoras mayores.

---Dios, eres asqueroso. ¿No hay otra persona que pueda llevarme hasta mi coche?

---No. Así que tienes dos opciones: o te llevo yo o no llamas y no se llevan tu coche ---dijo Will encogiéndose de hombros.

Hannah frunció los labios y, finalmente, suspiró.

---Vale, vamos entonces.

Él sonrió y salió hacia su camioneta donde se subió. Ella también se subió y pusieron rumbo hacia donde estaba el coche de Hannah. El trayecto se produjo en silencio y una vez llegaron, ella se bajó para abrir la puerta del copiloto.

Se fijó que tenía los seguros bajados y rápidamente metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros buscando la llave, pero al no encontrarlas, gimió y apoyó la cabeza contra el cristal.

Will se bajó y se acercó hasta ella.

---¿Qué ocurre?

---Me he dejado las llaves en el bolso.

---Estás en racha ¿eh?

Ella levantó la mirada hacia él, claramente con rabia y él se alejó un paso.

---¿Te estás burlando de mí? Porque esto no tiene gracia ninguna. Aún no entiendo por qué hice caso de venirme al bosque a relajarme. Yo estaba muy calmada en la ciudad. ¡Maldito bosque y maldita naturaleza! No tengo suficiente con todo lo que me pasa que encima tengo a un tipo como tú

tocándome la moral con sus insinuaciones y sus estupideces y ¿sabes qué? ¡Estoy harta! ¡Estoy muy...!

No pudo acabar la frase porque su boca se vio invadida por la Will que la acalló con un beso. Soltó un gemido de protesta y lo golpeó varias veces en los hombros, pero cuando él introdujo su lengua en la húmeda cavidad de ella, las fuerzas le fallaron y dejó de golpear.

Will sonrió contra los labios de la chica y con sus brazos la apretó contra sí sintiendo todas y cada una de las curvas de aquel cuerpo que le había vuelto loco desde el primer momento en que la vio dentro de ese mismo auto lamentándose de su suerte.

Hannah gimió al notar la dura erección de Will en su vientre haciendo que se humedeciera. Hacía mucho tiempo que no tenía un encuentro sexual y el simple contacto de él logró encenderla.

Él se movió con ella en brazos hasta que la espalda de Hannah chocó contra un árbol. Se aferró a la camisa con fuerza, pero él le agarró las muñecas y las colocó encima de la cabeza de la joven a la vez que metía una de sus piernas en medio de las de ella.

---Joder, estoy duro por ti, nena ---dijo él apartándose de los labios de ella---. No te atrevas a detenerme ahora, porque no lo soportaría.

Hannah abrió los ojos y lo miró encendida de pasión.

---No pensaba hacerlo. ---Hannah tenía la respiración agitada---. Fóllame, por favor.

Will volvió a besarla con ansia. Agarró las dos manos de la joven con una de las suyas mientras con la otra bajaba por su costado hasta llegar la cintura para meter la mano bajo la blusa que llevaba y acariciar su suave piel. Aquella mano dejaba un rastro ardiente allá por donde pasaba.

Un gemido escapó de sus labios cuando él abarcó un pecho con la mano, en donde ya se notaba, a través de la tela del sujetador, el duro pezón. Hannah se arqueó todo lo que le permitió el cuerpo duro de Will anhelante de más de aquellas caricias.

---Tranquila, pequeña ---susurró él contra sus labios mientras apartaba la mano que retenía las de ella, que no se movieron del sitio---. Poco a poco.

Tal y como había dicho, fue subiendo la blusa de forma lenta, disfrutando del tacto de la piel de Hannah que se estremeció. Finalmente se la sacó y la lanzó en algún lado. Besó un lateral del cuello de ella y fue bajando poco a poco hasta llegar hasta el valle entre los pechos aún ocultos por el sujetador.

Con manos hábiles lo desabrochó y finalmente pudo disfrutar de la visión de aquellas dos cimas coronadas por unos rosados y duros pezones.

---Maravillosa ---dijo mientras aparecía una sonrisa lobuna en su cara.

Hannah bajó las manos y la posó en los hombros de Will mientras veía cómo él acercaba su boca a una de las endurecidas cimas para mordisquearla haciéndola arquear la espalda anhelando más. El otro pezón fue apresado entre el pulgar y el índice de él.

---Dios... ---jadeó Hannah.

La mano libre bajó hasta la cinturilla de los vaqueros, desabrochando así el botón y bajando la cremallera para tener un mejor acceso a su entrepierna ya humedecida.

Ella se removió teniendo mil y una sensaciones recorriendo su cuerpo. Dejó caer la cabeza mientras se mordía el labio inferior y hacer que el gemido que escapó de su boca no se hiciera tan audible.

La atención de la boca de Will pasó a darle placer al otro pezón mientras introducía un dedo en la húmeda cavidad de Hannah que volvió a gemir. Moviéndolo en círculos y ella se aferró aún más fuerte a él, clavándole las uñas, pero cuando con el pulgar presionó su clítoris, creyó derretirse.

Esta vez no logró contener el gemido haciéndolo más audible que los anteriores, lo que hizo sonreír a Will. Se apartó de los pechos para mirarla a los ojos.

---Eres tan sensible...

---No puedo más, Will ---dijo ella jadeando.

---Entonces déjate ir, Hannah.

La mano de él se movió con presteza y ella se dejó llevar al orgasmo, uno muy intenso que la dejó desfallecida. Hacía tiempo que no tenía uno así. Se dejó caer contra el torso de Will jadeando y él la rodeó con sus brazos percatándose de que tenía la espalda roja debido al roce del árbol con esta por lo que la movió hasta apoyarla contra su coche.

---Esto no ha hecho más que empezar ---dijo él sonriendo antes de volver a besarla.

Hannah bajó sus manos por su torso hasta llegar a los vaqueros que no dudo en desabrochar para meter la mano dentro y abarcar con una de sus manos el miembro erecto de Will que gruñó en respuesta.

Le estaba poniendo a cien y sin dudarle, le bajó los pantalones junto con las bragas que quedaron a la altura de las rodillas. Le hizo apartar la mano

para darle la vuelta haciéndola apoyar contra el lateral del coche. Hannah gimió cuando sintió cómo sus pechos se aplastaban contra el frío cristal provocándole un ligero escalofrío que rápidamente olvidó al notar de nuevo la mano de Will acariciando su entrepierna.

---Más, por favor, necesito más ---gimió ella meciendo las caderas.

Un gemido de frustración escapó de sus labios cuando él apartó la mano y giró la cabeza para verlo sacar un envoltorio plateado de algún lugar y bajarse los pantalones dejando a la vista su erección. Lo vio colocarse el preservativo y acercarse a ella.

Will le apartó el pelo a un lado y besó su cuello, allí donde latía el pulso acelerado haciéndola gemir. Entonces se posicionó en su húmeda entrada para entrar muy lentamente, torturándola. Ella rogó y rogó, pero él fue implacable con sus acometidas lentas. Ella intentaba moverse hacia su cuerpo para intentar que fuera más fuerte, pero Will le dio un cachete en el culo que la encendió mientras soltaba un jadeo.

---Estás ansiosa ¿eh?

---Por favor, Will, no puedo más.

Él se posicionó cerca de su oído y le susurró.

---¿Quieres más?

---Sí, por Dios, quiero más.

Will sonrió mientras salía de ella dejando solo la punta dentro para, de repente, entrar de una fuerte estocada que arrancó un nuevo gemido de Hannah.

Entonces las acometidas empezaron a ganar velocidad mientras se mezclaban los jadeos de ambos. Will apartó un poco a Hannah del coche y abarcó con sus manos los pechos de la joven para luego apretar entre sus dedos aquellas duras cimas. Aquel trato estaba haciendo acelerar su orgasmo y los gemidos se intensificaron.

De repente, todo estalló, su cuerpo dejó escapar el orgasmo más intenso de toda su vida. Dejó caer su cabeza contra el hombro de Will mientras él hacía los últimos movimientos antes de dejarse ir también con un gruñido.

---Eres... estupenda ---dijo Will con una sonrisa.

---No puedo decir lo mismo de ti ---dijo Hannah soltando una leve carcajada.

Él le dio otro cachete en el trasero.

---Eres muy bromista ¿no?

---Normalmente no suelo serlo, pero después de una buena sesión de sexo

me sale solo el humor.

---Eso me gusta más que tu mal humor ---le dijo él saliendo de su interior para girarla hacia sí y besarla de nuevo---. ¿Qué te parece si tenemos un segundo round? El pequeño soldado quiere ir a la batalla.

Ella miró hacia abajo y rio.

A pesar de querer dar rienda suelta a su pasión, se vistieron para ir de nuevo hacia el hotel en donde se dirigieron a la habitación de ella en la que pasaron muchas horas retozando en todos los rincones que pudieron probar.

¿Qué pasaría después? Solo el tiempo lo sabría, de momento se conformaban con disfrutar de aquel momento que solo una serie de desastrosas coincidencias había logrado.

Agradecimientos.

Como con cada libro, me repito hasta la saciedad, pero es lo que pasa cuando vas conociendo a gente nueva y a veces es complicado acordarse de todo el mundo, y debo dar las gracias a todos los que siempre han estado a mi lado y aquellos que se han sumado a la aventura de mi vida literaria.

En primer lugar, como siempre, mi madre. Ella, que a veces me da ideas para nuevas novelas y que no duda en ser mi apoyo incondicional.

Junto a ella está mi familia, que siempre ha estado ahí.

A mi mejor amiga, Abigail, a esa amiga a la que le mando un mensaje y no duda en contestarme, aunque sea una paranoia de las mías, pero que siempre está ahí sea la hora que sea.

A mis chicas, a ese grupo que significa mucho para mí, a las Románticanarias, gracias por darme tanto y ocupar un hueco en mi corazón.

A mi compi Jossy Loes por ayudarme en su momento a buscar la imagen de la portada y por, prácticamente, hacerme la sinopsis.

A mis lectoras cero (o beta readers), Aurora y Tania. Gracias de corazón, aunque de estos relatos creo que no conocían ninguno, pero siempre las tengo en cuenta.

A todos esos amigos de las redes sociales que, aunque tenga lejos, siempre están ahí. Empezaría a poner nombres, pero creo que se me acabaría quedando unos agradecimientos más largos que el propio libro (que ya es cortito de por sí). Sé que muchos de ellos se sentirán identificados con este agradecimiento tan especial porque también han ocupado parte de mi corazón.

Pero, sobre todo, a ti, lector. Gracias por estar ahí, porque tú eres el pedazo que completa mi corazón y me llena de vida para continuar escribiendo nuevas historias o relatos que logren sorprenderte.

[1] Ahogarse.

[2] Patatas

[3] Sustitución del vosotros en el español de Canarias.